

LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO

Primera parte: Su época como Real Sitio

Carmen Ariza Muñoz

En el siglo XVII, Felipe IV mandó crear el Buen Retiro, como un lugar destinado a servir de recreo a la familia real, donde ésta podía disfrutar de un palacio, jardines, estanques, etc., así como de diversos espectáculos.

En el siglo XVIII, Carlos III construyó un cementerio y la Real Fábrica de Porcelana, destruida por las tropas inglesas a comienzos del siglo XIX.

Durante esta centuria, el Buen Retiro fue totalmente destruido por las tropas francesas, debiendo Fernando VII reconstruirlo y embellecerlo, creando nuevos jardines y haciendo pequeñas construcciones, denominadas "Caprichos" (como la Montaña Rusa, la Casa del Pescador, etc.).

Su sucesora, Isabel II, también mejoró el Buen Retiro, pero sin embargo, vendió una tercera parte de su primitiva superficie al Estado.

En el año 1868, el Buen Retiro se convirtió en un importante Parque Municipal.

**The Buen Retiro Gardens of Madrid
(First parts. Its periodo as Royal Propriety:
Seventeenth Century-1868)**

In the Seventeenth Century, Philip IV ordered the setting out of the Buen Retiro, as a place for the use of the royal family, who had the run there of a palace, gardens, ornamental ponds, etc., and a variety of entertainments.

In the Eighteenth Century, Charles III buildt a Cemetery and the Royal Porcelain Factory, this last being destroyed by English troops at the beginning of the Nineteenth Century.

During this Century, the Buen Retiro was totally destroyed by French troops and Ferdinand VII had to lay it out again and embellish it, with new gardens and small buildings, called "Caprichos" (such as the Helter-Skelter, the Fisher's House, etc.) and even a little Zoo.

His successor, Elizabeth II also improved the Buen Retiro but then sold a third part of its original extension to the State.

In 1868, the Buen Retiro was turned into an important Municipal Park.

EL presente artículo es la primera parte de la historia que hemos realizado sobre el Parque del Retiro de Madrid y en el que nos ocupamos de lo más destacable acontecido a lo largo de los siglos, que fue propiedad de la Corona (desde su creación, en el siglo XVII, hasta el año de 1868, en que se convirtió en parque público, como consecuencia de la Revolución de septiembre de este año).

Además de cualidades artísticas y botánicas, reconocidas oficialmente el 8 de febrero de 1935, al ser declarado jardín histórico-artístico, el estudio de este gran parque madrileño es interesante por ser uno de los principales testigos de la historia de la capital en España, desde el siglo XVII a nuestros días.

Al igual que otras extensas zonas verdes europeas (el Bois de Boulogne, el Bois de Vincennes, el

Parc de Monceaux, la Casa de Campo, etc.), el Parque del Retiro fue fundado, en el siglo XVII, como Real Sitio, destinado al recreo y descanso de la familia regia, convirtiéndose, siglos más tarde, en un jardín público, cambiando su tradicional carácter recoleto por el popular, que sigue manteniendo en la actualidad.

EL SIGLO XVI: SUS TRISTES ORIGENES

Los orígenes del Buen Retiro se remontan al siglo XVI, cuando Carlos V fundaba, junto al monasterio de los Jerónimos, el denominado "Cuarto", con el fin de ser utilizado por la familia real como lugar de "retiro", de ahí su nombre, en época de penitencia, Cuaresma o con motivo de algún luto.

Estos parajes de huertas, tierras de labor y extensos olivares, situados en el límite oriental de la Villa, debieron agradar a Felipe II, ya que resi-

dió temporalmente en dicho "Cuarto", que hubo de ampliar, a la vez que lo flanqueaba por torres y lo rodeaba de un foso, imitando en cierto modo una quinta de Inglaterra, en la que había vivido con su segunda esposa, María Tudor (1).

Parece ser que la obra arquitectónica corrió a cargo de Juan Bautista de Toledo, quien realizó una modesta construcción, descrita por Amador de los Ríos como "un vulgar mampuesto con cadena de ladrillo en los ángulos con arquerías a la italiana sobre los jardines" (2).

EL SIGLO XVII: LA FORMACION DEL REAL SITIO DEL BUEN RETIRO, COMO LUGAR DE RECREO

1. *El interés de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares por su creación*

Sin embargo, la verdadera creación del Buen Retiro como Posesión Real, propiedad de la Corona, destinada a servir de recreo y residencia regia, no se produjo hasta el reinado de Felipe IV. En efecto, al rey-poeta no debían bastarle los Reales Sitios existentes en las inmediaciones de Madrid, como eran Aranjuez, El Pardo, El Escorial, o la misma Casa de Campo y el Alcázar, ya que ordenaba construir esta gran villa suburbana, cercana a la capital, aprovechando el antiguo "Cuarto" existente y cambiando el antiguo carácter recoleto del lugar por el festivo, mundano y cortesano (fig. 1).

Los motivos de la creación de esta nueva posesión real se ven claramente en una Real Cédula dada por el propio monarca y en la que decía: "...teniendo entendido cuán importante es la continua residencia de mi real personal y de mis sucesores en esta Corte, mandé fabricar la casa y palacio del Buen Retiro con sus jardines, huertas y estanques y todo lo demás que hoy está fabricado en el dicho sitio, con tal disposición, que yo y mis sucesores pudiésemos sin salir de esta Corte tener algún alivio y recreación... y cometí la ejecución de mis resoluciones y órdenes al conde de Olivares, duque de Sanlúcar, con cuyo desvelo y cuidado se ha podido conseguir el cumplimiento de mis órdenes y resoluciones tan ajustamente, que no he tenido más que desear, y se ha puesto aquella obra en el estado que hoy tiene, y ejecutándose las plantas que yo mandé hacer..." (3).

Como puede verse, la intervención del Conde-Duque de Olivares en la creación de este Real Sitio fue fundamental, pues además de donar una pequeña quinta de recreo, conocida por el Gallinero y que estaba situada en las inmediaciones del monasterio de los Jerónimos, parece que la iniciativa partió del valido, con el fin de tener al rey alejado de los asuntos del gobierno, tal y como se refleja en esta sátira anónima (4):



Fig. 1. Felipe IV, creador del Real Sitio del Buen Retiro (cuadro de Velázquez, existente en el Museo del Prado).

Meliso.—Fabricarás

Para el Rey, en Madrid un Gallinero:
Luego, en mayor espacio,
Trazarás una huerta y un palacio
Lustre de aquella Villa,
Y en el mundo primera maravilla,
Cuyo alegre deporte
Obligue al rey a no dejar la Corte;
y donde, distraído

A todo lo demás ponga en olvido

.....
Ayudando a estos fines

Con comedias, tramoyas y festines,
Porque ningún encanto
Para hechizar al Rey importa tanto.

D. Gaspar.—Aunque es de gran provecho

Cada punto, esté más satisfecho.

Por el angel que adoro,

Que allí he de construir la plata y oro,

Y en adornar las piezas

Del Real Sitio, todas riquezas.

.....
.....

Ciertamente, no se eligió el mejor momento para realizar esta empresa, pues empezaban a sentirse los síntomas de la decadencia del Imperio Español, con el empobrecimiento general, aumen-

(1) Angel Fernández de los Ríos (1876): *Guía de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, p. 340.

(2) Rodrigo Amador de los Ríos (1905): "Los jardines del Buen Retiro. Notas para su historia", en: *La España Moderna*, n.º 193, pp. 84-85, Madrid.

(3) Juan Manuel de Sabando (1893): "El Buen Retiro", en:

La Ilustración Española y Americana, XXVII, pp. 43-46, Imp. Sucesores de Rivadeneira, Madrid.

(4) Julio Monreal (1880): "Las costumbres del siglo XVII, las fiestas del Buen Retiro", en: *La Ilustración Española y Americana*, n.º XXXVIII, p. 223, Imp. Rivadeneira, Madrid.

tado por los nuevos impuestos que se pidieron para llevar a cabo esta Real Posesión. Sin embargo, las obras, que comenzaban al iniciarse la década de 1630, se hacían con gran celeridad e improvisación, tal y como lo reflejaban las palabras de algunos extranjeros, que visitaron el lugar en 1633: "el asunto parece ser cosa de interés del rey o del Conde o de ambos, pues para finalizarlo antes de tiempo tienen unos mil hombres en la obra que no paran ni de noche ni los domingos ni los días de fiesta" (5), "Cada día, a medida que van construyendo, aumentando el proyecto, que ya no es aquel con el que empezaron" (6).

El ritmo con que se ejecutaban las obras fue aún más vivo a partir de 1633, cuando se hizo cargo de ellas, como maestro mayor, Alonso Carbonell, que contaba con la ayuda de diversos arquitectos, escultores, pintores, carpinteros, pizarreros, etc., estando todos sometidos a la supervisión de Juan Bautista Crezcenzi.

Pronto se fue dando fin al recinto palaciego, cuyo núcleo principal era el denominado Patio de Fiestas, puesto que allí tuvieron lugar numerosos espectáculos. El patio era un cuadrado formado por un basamento y dos pisos, el principal con vanos rematados por frontones triangulares y el segundo con escasos huecos adornados con jambas y dinteles de piedra berroqueña, que destacaban en los lisos muros de ladrillo; las cubiertas abuhardilladas eran de pizarra, viéndose en cada ángulo una torre, rematadas por los típicos chapiteles flamencos, de tanto arraigo en la arquitectura barroca castellana.

En el lado septentrional de este recinto, hoy ocupado por el Museo del Ejército, se encontraba la estancia más solemne del palacio, nos referimos al Salón Grande o de Reinos, cuya función principal era la de servir de salón del trono, donde el monarca recibía a los más ilustres visitantes. Desde el punto de vista arquitectónico, la estancia consistía en un alargado rectángulo (34,6 por 10 m.), cubierto por una bóveda de cañón de 8 metros de altura, con lunetos y rodeada por una balaustrada de hierro, desde donde los cortesanos contemplaban las ceremonias que allí tenían lugar. La modestia arquitectónica se suplía con una rica ornamentación interior, a base de un costoso mobiliario, exóticas alfombras orientales, etc. Pero lo más importante era la decoración pictórica, al fresco y al óleo, encaminada a realzar la figura de Felipe IV, ganador de numerosas batallas, centro del Imperio Español, llegando incluso a ser comparado con el héroe griego Hércules. La bóveda iba pintada al fresco, con motivos "acandelieri", apareciendo entre los lunetos los escudos de los veinticuatro reinos de la Monarquía Española, que aún se pueden ver en dicho Museo. Los muros del Salón fueron decorados con diversos cuadros al óleo, destinándose a los lados mayores grandes lienzos sobre batallas ganadas por Felipe IV, ejecutados por los pinceles más importantes del momento, como José Leonardo que realizó "La

toma de Brisach", Antonio de Pereda con su "Socorro de Génova", Diego Velázquez con su "Rendición de Breda", Juan Bautista Maino con su "Recuperación de Bahía del Brasil", Zurbarán con su "Defensa de Cádiz", etc. Todas estas obras, que pueden verse en el Museo del Prado, obedecen a un claro esquema, consistente en un primer plano, en el que aparecen los principales personajes del hecho bélico y un fondo de batalla, siendo el más original el de Maino, que puso en un ángulo los sufrimientos de estas guerras, en un grupo de heridos, mujeres y niños. Sobre estos grandes cuadros, aparecían otros más pequeños, hechos por Zurbarán, sobre los trabajos de Hércules. Para los lados menores de la estancia se dejaron los retratos ecuestres de los padres, la esposa, el heredero y el propio monarca, obras de Velázquez, igualmente en el Museo del Prado.

Junto al lado oriental de esta Plaza de Fiestas, destacaban dos importantes construcciones. Una era el Casón que, aunque muy remodelado, es lo único, junto con el referido lado norte del Patio, que conservamos de la zona palaciega del Buen Retiro. El Casón, comenzado en 1637 siguiéndose las trazas de Alonso Carbonell, era un salón de baile rectangular y de tres alturas con una barandilla de hierro en la parte superior. En su exterior también se veían los tres pisos, teniendo el principal sus vanos rematados por frontones triangulares y alternados por hornacinas con esculturas. El edificio presentaba una cubierta a cuatro aguas con buhardillas. La otra construcción destacable, y desgraciadamente desaparecida, era el Coliseo, inaugurada el 4 de febrero de 1640 con la obra de Francisco de Rojas "Los bandos de Verona". Las dimensiones del teatro debían ser considerables, según se refleja en el tranco 4.º del "Diablo Cojuelo" de Luis Vélez de Guevara "¿Cómo le replicó el caballero soldado de aquellos que estaban en cueros, que parece que habían de echar a nadar en la comedia —puede toda esa máquina entrar en ningún patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el del Buen Retiro, afrenta a los romanos anfiteatros, ni por una plaza de toros?" (7). El coliseo, de planta ovalada y tres órdenes de balcones, además de un escenario con sus frontis decorado a base de los símbolos de la Religión y el Poder, así como con estatuas mitológicas, constaba de una espléndida maquinaria para decorados, ideados por el escenógrafo Cosme Lotti y ejecutados por Francisco Ricci y otros pintores, que servían de fondo a las numerosas obras que allí se representaron, entre las que destacaron diversas de Calderón, Lope de Vega, Quevedo, Tirso de Molina, etc.

Completaban la zona palaciega otros patios, uno Grande por el lado norte del recinto ya reseñado y otros tres de menores dimensiones por el lado occidental. Con todos estos núcleos yuxtapuestos se formó un conjunto palaciego, hecho con modestísimos materiales (madera, ladrillo, teja,

(5) J. Brown y J.H. Elliot (1981): *Un palacio para un rey*, 1.ª edic., Alianza, Madrid, p. 72.

(6) *Ibidem*.

(7) Luis Vélez de Guevara (edic. de 1969): *El diablo cojuelo*, Barcelona, p. 82.



Fig. 2. El Palacio del Buen Retiro, visto desde el Jardín de la reina.

pizarra), comprendido entre el Paseo del Prado y la actual calle de Alfonso XII.

Rodeaban esta zona palaciega diversos jardines de tipo renacentista italiano, consistentes en pequeños parterres cuadrados, formados por setos de boj recortados, salpicados por abundantes flores y que dejaban en sus centros bonitas fuentes, adornándose con numerosas esculturas. Entre ellos, destacaban el Jardín del Caballo (presidido por la estatua ecuestre de Felipe IV, obra del italiano Pietro Tacca, hoy en la Plaza de Oriente), el Jardín de la Reina (adornado por diversos bustos traídos de Italia), el del Príncipe, además de otros (fig. 2).

A la vez que se construía la zona de palacio y se empezaba la ejecución de los jardines, se necesitaba mayor superficie de terrenos para éstos. Por ello, a lo largo de los años sesenta, se fueron realizando diversas compras de huertas, tierras de labor, etc. a diversos propietarios, ya fueran a órdenes religiosas (como a los monjes de Santo Domingo el Real, a las monjas de Santa Clara, a las de la Concepción Jerónima, entre otras), o a particulares (como a los herederos de Juan de Murcia, a los de Padre de Salino, a la marquesa viuda de Povar, y otros más) (8).

Sobre estas tierras se fueron formando extensas zonas verdes, formadas por grandes recuadros, rellenos por simples alineaciones de árboles, entre los que abundaban los frutales (avellanos, cerezos, guindos, membrillos, naranjos de Valencia, almendros de Andalucía, etc.), siendo igualmente destacables los de sombra (moreras, laureles de Génova, álamos, etc.), no faltando tampoco gran variedad de flores, para las que se trajeron tiestos desde Talavera. Para la plantación y el cuidado de las zonas arboladas y ajardinadas se mandaron venir desde distintos puntos del Imperio diversos jardineros. Así, en 1633, llegaban de Sevilla el jardinero mayor de los Reales Alcázares con sus ayudantes, Juan de Carmona y Francisco Rodríguez. A los que se sumaron años más tarde, Juan de Rivera y otros más. También vinieron jardineros de Aran-

juez, de Flandes (como Philippe Franquerre y Juan de Barra con diversos ayudantes), de Génova (Benedetto Babastrelli y Antonio Ciamengo), muchos de ellos llamados directamente por el Conde-Duque de Olivares.

Además de las zonas arboladas, eran abundantes las superficies destinadas a huertas, ya que el lugar era rico en aguas, debido a lo numerosos arroyos que le surcaban, siendo el más importante el de Abroñigal.

Otras amplias zonas de esta Real Posesión se dejaron eriales para ser utilizadas como cazaderos de liebres, siendo la más destacable la bordeada por el canal del Mallo y que más tarde se conoció por el Campo Grande.

Pero de entre todos estos recuadros arbolados, huertas, zonas yermas, destacaron algunas zonas como fue el llamado Jardín Ochavado, situado en el actual Parterre, y que estaba formado por ocho calles cubiertas de enramadas, a modo de galerías abovedadas. Estas calles que partían de los extremos del recinto, se cruzaban en el centro, donde se levantaba el estanque Ochavado o de las Campanillas, que es lo único que conservamos actualmente, consistente en una alberca polilobulada, rodeada de una barandilla de hierro y con una isleta en su centro, en la que se veía un pequeño templete chinesco con campanillas.

Las zonas verdes del Buen Retiro contaron igualmente con abundantes vías de agua, fuentes, estanques y otros elementos característicos.

Entre los canales destacaba el navegable llamado del Mallo, que unía el Estanque Grande con la vía lobulada que rodeaba la ermita de San Antonio de los Portugueses, bordeando por tres de sus lados, el antes mencionado Campo Grande. Otro canal de menor entidad era el denominado Río Chico, que partía de la Huerta del Rey.

Numerosas fueron las fuentes, hallándose distribuidas por todo el Real Sitio. Sin embargo, las de carácter artístico se encontraban en los pequeños jardines renacentistas, inmediatos a la zona palaciega.

En materia de estanques, además del mencionado Ochavado, destacaba sobre todos los demás

(8) Archivo del Palacio Real. Leg. 1228, exps. del 1 al 11.

el Grande, comenzado en 1634 por Cristóbal de Aguilera, aprovechando una laguna artificial existente. El estanque, rodeado por una barandilla de hierro y por varias norias, medía 1.006 pies de largo por 443 de ancho y presentaba en su centro una isleta oval, cruzada por dos caminos, a cuyos lados se levantaban pequeñas construcciones y jaulas, entre un variado arbolado, utilizándose con frecuencia como escenario de representaciones teatrales. Este enorme depósito de agua, que contenía gran cantidad de peces, era uno de los lugares más frecuentados por la familia real, que se entretenía navegando en las góndolas, falúas, galeras y otras embarcaciones, en muchos casos regaladas a los reyes como sucedió con una, donada en 1640 por la ciudad de Sevilla, y que fue decorada por Zurbarán, o con una fragata traída de Flandes con tres marineros y su capitán Galvín (9).

Como reflejo de la fuerte simbiosis existente en la Corte de los Austrias entre lo laico y lo religioso, abundaron en el Buen Retiro, como en Aranjuez y otros Reales Sitios, las ermitas. Estas eran pequeñas construcciones, hechas con los mismos modestos materiales e igual estilo arquitectónico que el palacio, ya que se veían rematadas por los oscuros chapiteles de pizarras, que sobresalían entre la verde arboleda. Cada una estaba limitada por sus propias tapias, que cerraban una pequeña zona ajardinada, formada por árboles alineados o por parterres geométricos. Entre ellas destacaba la de la Magdalena (situada junto a la tapia del Camino de Alcalá. Fue hecha por Juan de Aguilera, entre 1634 y 1635 y con un jardín claustrado a sus espaldas), la de San Juan (en las inmediaciones del Canal Chico. Comenzada en 1633 por Juan de Aguilera, siendo como la anterior de pequeñas dimensiones, aunque tenía su jardín y su huerta). La ermita de San Bruno, construida en 1634 por Lucas Rodríguez en las inmediaciones del Estanque Grande, era de mayores proporciones y contenía una gruta adornada con estatuas de piedra. De mayor tamaño y diferente apariencia era la de San Pablo (situada al sur del Jardín Ochavado. Presentaba una amplia fachada de estilo italiano, en la que se mezclaba la decoración cristiana y pagana. En su interior podía verse el lienzo de Velázquez "San Antonio Bad y San Pablo el ermitaño", hoy en el Museo del Prado). Pero la ermita más peculiar era la de San Antonio de los Portugueses, ubicada en el centro de una ría polilobulada, obra de Lucas Rodríguez, que se comunicaba con el Río Grande. El edificio, hecho por Alonso Carbonell entre 1635 y 1636, era de mampostería con hiladas de sillares y de ladrillo, rematándose con el típico chapitel de pizarra abuhardillado.

Con todo lo mencionado logró formarse un extenso Real Sitio, de unos 17.000.000 de pies (10), cuidado por numerosos dependientes, al mando de un alcaide, siendo el primero que ocupó este cargo el Conde-Duque de Olivares, que fue nombrado

por Felipe IV el 27 de julio de 1630, perpetuándose el título a sus herederos.

Al ser el Buen Retiro una villa suburbana situada en las inmediaciones de la capital, motivaba que fuera muy frecuentado por la familia real, que lo utilizaba como lugar de esparcimiento, navegando por sus rías y Estanque Grande, divirtiéndose con el Juego de Pelota, disfrutando de los animales contenidos en la Pajarera o en la Leonera (construcción de planta octogonal y tres alas, hecha, en 1633, por Juan de Aguilera (11), imitando la Casa de Fieras de Florencia), o paseando por entre los jardines y paseos arbolados (fig. 3).

El Buen Retiro fue también un habitual marco de numerosas fiestas y espectáculos, celebrados con pompa inusitada, tales como corridas de toros (para las que se habilitaba la Plaza de Fiestas), luchas de animales, máscaras, cabalgatas, juegos de cañas, de lanzas, de sortija, etc.

Igualmente, fueron muy importantes las representaciones teatrales que tenían lugar en el Coliseo, en la isleta del Estanque Grande o bien en el mismo Salón de Reinos. No faltaron tampoco las naumaquias en el Estanque, de claras reminiscencias romanas, siendo tristemente famosa una celebrada en 1640, puesto que durante la representación se levantó un gran vendaval, que destruyó todos los decorados.

Estas celebraciones, que tenían lugar en fechas determinadas (durante el Carnaval, en San Pedro, San Juan, etc.), o esporádicamente, resultaban costosísimas, tal como se refleja en esta copla popular:

Buenos están los faroles,
la plazuela y plateado;
medio millón se ha gastado
solamente en caracoles (12).

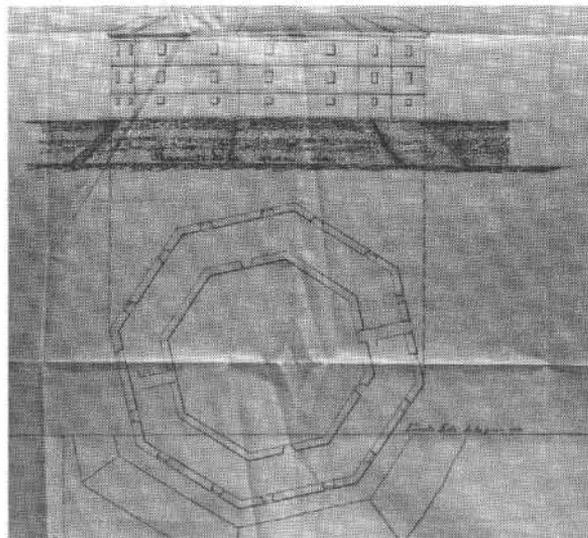


Fig. 3. Leonera del Buen Retiro, hecha en el siglo XVII (desaparecida) (Archivo de Villa).

(9) Jaime de Salvá (1949): "La fragata del Buen Retiro", en: *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, núm. 58, p. 247, Ayuntamiento de Madrid, Madrid.

(10) Julia Mérida (s.a.): *Bibliografía del Buen Retiro*, 1.ª edic., Libros y Revistas, Madrid, p. 20.

(11) José M.ª Azcárate (1966): "Anales de la Construcción del Buen Retiro", en: *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. I, p. 110, C.S.I.C., Madrid.

(12) José Deleito y Piñuela (1935): *El rey se divierte*, 1.ª edic., Espasa-Calpe, p. 124.

Todo ello hacía que el Buen Retiro fuera visto por el pueblo como un oasis de lujos, diversiones y derroches en medio del empobrecimiento y la decadencia de la Villa y de todo el Reino. Esto fue motivo para que surgieran numerosas opiniones contra la Real Posesión y los festejos que allí tenían lugar. Así, Matías Novoa escribía que Olivares se pasaba el tiempo "inventando saraos, máscaras, farsas y otras fiestas, en las que se perdía el tiempo y quizá algunos negocios de importancia; y parecía más a los de Mínima, a los días de Nerón y a los últimos de los romanos en uso y en proceder" (13). Esta impopularidad la reflejan muy claramente las palabras del embajador inglés Hopton al decir "la casa es de poco precio para tal rey; pero el pueblo murmura mucho de ella... la queja es la nota dominante, pues el trabajo no se ejecuta sino dejando hambrientos los estómagos por medio de los impuestos sobre el pan, la carne, etc. El descontento es aún mayor, según se dice, cuando se trata de un capricho del Conde" (14).

Sin embargo, no faltaron alabanzas hacia el Real Sitio, entre ellas incluimos las de Lope de Vega; Calderón, que dijo "en otro tiempo, un campo desierto, transformado en un Nuevo Palacio del Nuevo Testamento" (15); o Luis Vélez de Guevara, que la calificó como:

Casi divina fábrica animada
al mayor rey del mundo dedicada
.....
por la mayor la admiren maravilla.

estando en la misma línea las palabras de Marcos Ruiz de Molina Arellano:

Aquestre prodigioso atrevimiento
.....
este asombro del mundo, este portento (16).

A estas opiniones a favor de la construcción y la existencia del Buen Retiro habría que añadir unos datos referentes a 1675, tan sólo dos años después de la muerte de Felipe IV, que nos indican cómo



Fig. 4. El Real Sitio del Buen Retiro, en 1656 (Plano de Teixeira).

(13) Matías Novoa: *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tomo LXIX, p. 289.

(14) José Bordiú (1957): *Cosas de Madrid. Apuntes para la historia del Buen Retiro*, 1.ª edic., V. Rico Imp., s.l., p. 20.

(15) J. Brown y J.H. Elliot. *Ob. cit.*, p. 230.

(16) *Elogios al Palacio Real del Buen Retiro, escritos por algunos ingenios de España*. Recogidos por Diego de Covarrubias;

era el Sitio Real cercano a Madrid que resultaba menos gravoso de mantener:

El Escorial costaba 120.000 ducados mantenerlo durante veinte días.

El Pardo costaba 150.000 ducados mantenerlo durante veintiséis días.

Aranjuez costaba 170.000 ducados mantenerlo durante un mes.

Buen Retiro costaba 80.000 ducados mantenerlo durante un mes (17).

Con todo, lo cierto es que se formó una extensa villa suburbana en las inmediaciones de Madrid, caracterizada por no obedecer a un plan determinado a priori, sino hecho paulatinamente, a medida que se iban adquiriendo nuevas tierras. Por ello, tanto la zona palaciega como los jardines, aparecían dispuestos a base de una clara compartimentación y yuxtaposición de partes, ya fueran patios o zonas ajardinadas, según puede verse en el plano de Teixeira, de 1656 (fig. 4). Refuerza esta opinión la apreciación de M.^a Luisa Caturla, al observar el desplazamiento del Estanque Grande respecto al eje principal de la zona palaciega (18); resultando así un claro ejemplo dentro de nuestra arquitectura. Esta españolidad la vio el profesor Chueca Goitia al calificarlo como "no organizado en simetría axial, como gusta a los franceses, sino a la manera española, como si se tratara de una labor campesina, como una organización en cortijo. La villa italiana es como una pequeña academia, con pórticos; el chateau francés como una habitación de una corte simétrica y galante; la mansión española es la residencia del terrateniente que vive entre mayores, vaqueros, cerca del campo" (19).

2. El enfermizo Carlos II y el Buen Retiro

El esplendor y la opulencia que tuvo el Buen Retiro mientras vivió Felipe IV, empezó a decaer con sus sucesores. Durante la minoría de edad del enfermizo Carlos II, su madre y regente, Mariana de Austria, prefirió como residencia permanente el antiguo Alcázar, dejando el Buen Retiro para hacer en él algunas representaciones teatrales, poniéndose en escena dramas de Francisco de Bances Candamo, e incluso del favorito Valenzuela.

Parece ser que cuando el Hechizado fue mayor de edad, solía frecuentar más a menudo el lugar, que seguía siendo escenario de numerosas representaciones teatrales, para las que el valenciano José Candi realizó diversas tramoyas.

Como muestra de la mayor importancia dada al Sitio, está la ejecución de la puerta monumental, que hoy da entrada al Parterre. La construcción, hecha por el arquitecto y aparejador de las Obras Reales, Melchor de Bueras, con motivo de la llegada a Madrid de la segunda esposa del monarca,

Leyra, Guarda Mayor del Real Sitio del Buen Retiro, dedicado al Conde-Duque, Madrid, 1635.

(17) J. Brown y J.H. Elliot. *Ob. cit.*, p. 204.

(18) M.^a Luisa Caturla (1947): *Pinturas, frondas y fuentes del Buen Retiro*, 1.ª edic., Revista de Occidente, Madrid, p. 46.

(19) Fernando Chueca Goitia (1958): *Madrid y los Sitios Reales*, 1.ª edic., Seix Barral, Barcelona, p. 26.

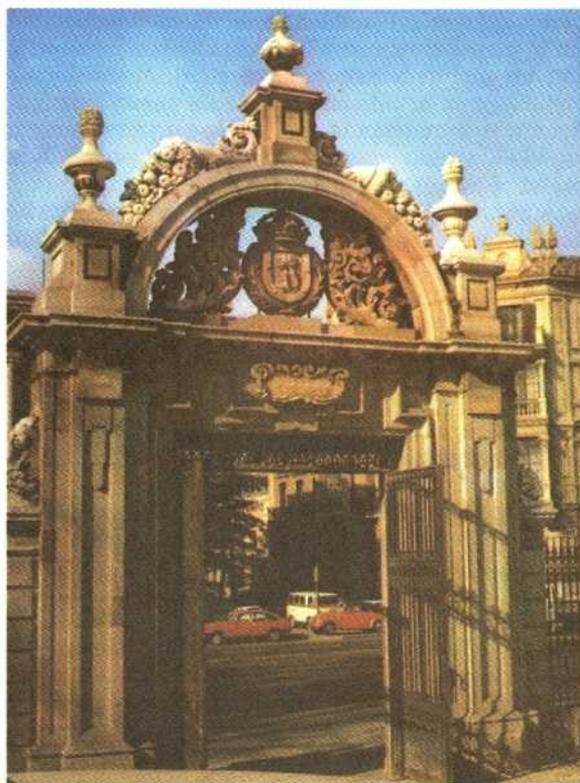


Fig. 5. Puerta del Parterre, obra de Melchor de Bueras (1690).

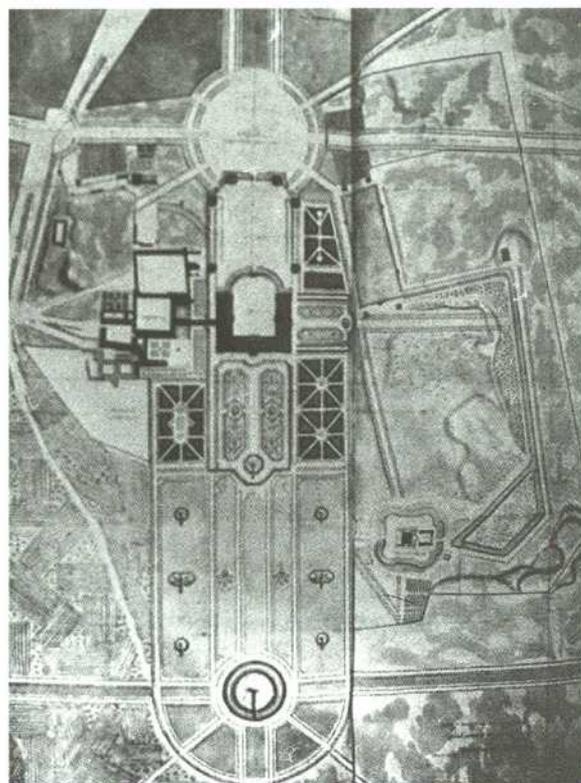


Fig. 6. Primer proyecto realizado por Robert de Cotte para mejorar el Buen Retiro (1714-1715).

Mariana de Neoburgo (20). La puerta, en la que se ve la fecha de 1690, año en que entró la reina en la Corte, se compone de dos pilares con pilastras decoradas con motivos vegetales, que sostienen un tímpano, sobre el que se alza un arco de medio punto, rematado por frutas y florones (fig. 5).

Sin embargo, la obra de mayor calidad artística, hecha en el Buen Retiro durante el reinado de Carlos II, fue la decoración al fresco de la bóveda del Casón con la historia de los Argonautas y el Toisón de Oro, obra del pintor italiano Lucca Giordano, que logró una de nuestras mejores pinturas barrocas decorativas, afeada desde la instalación en esta estancia del "Guernica" de Picasso.

EL SIGLO XVIII: LA ACTUACION DE LOS BORBONES

1. El Buen Retiro, residencia forzosa de Felipe V

En 1700, moría sin sucesión Carlos II, último de los Austrias, motivando la disputa del trono español por diversas monarquías europeas, entre las que se impuso la borbónica. A Felipe V, primer monarca de la nueva dinastía en España, acostumbrando a los refinamientos de la Corte de su abuelo, Luis XIV, no le agradó el Buen Retiro, cuyo estado era muy poco halagüeño, por lo que prefirió residir en el Alcázar. Pero este castillo-

palacio tampoco debía gustar al nieto del Rey Sol, puesto que, poco tiempo después, encargaba a los arquitectos franceses René Carlier y Robert de Cotte unos proyectos encaminados a remodelar totalmente el Buen Retiro, transformando su aspecto rústico, severo, sencillo e hispano en una refinada posesión de estilo francés, en la que tanto las zonas verdes como los edificios obedecieran a un plan conjunto, sometido a la regla y al compás. Las ideas de Carlier, propuestas entre 1712 y 1717, no fueron aceptadas por el monarca, aunque este fracaso no le impedía trabajar más tarde en La Granja. Sí fueron aprobados los dos proyectos presentados por Robert de Cotte (21). En el primero de los cuales pretendía hacer un palacio típicamente barroco, con planta en forma de U, comunicado con una extensa plaza circular arbolada. La fachada posterior de este nuevo edificio daba a un parterre similar al que se hizo delante del Casón, así como a dilatados jardines geométricos, en los que se buscaban largas perspectivas, según el más puro estilo de jardín barroco francés (fig. 6).

El segundo proyecto de Robert de Cotte mantenía el mismo tipo de jardín, pero variaba los edificios, apareciendo rodeado el patio principal por un peristilo en tres de sus lados, siendo ahora el palacio de planta cruciforme, que dejaba en el centro un gran salón octogonal cubierto con cúpula con linterna, rematado por la corona real. La

(20) Virginia Tovar Martín (1975): *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*, 1.ª edic., Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, p. 372.

(21) Yves Bottineau (1958): "Felipe V y el Buen Retiro", en: *Archivo Español de Arte*, núm. 121, C.S.I.C., Madrid, p. 120.

planta, de gran semejanza a la del palacio de Marly, recuerda a la que Filarete diseñara para el Hospital Mayor de Milán, difundida entre nosotros por Enrique Egas (22), en tiempos de los Reyes Católicos.

Según observación de Pedro Navascués, en estos proyectos se daba por primera vez en nuestra capital la unidad compositiva y gradual "palacio-parterre-parque-campo" (23).

Al no hacerse realidad estas ideas, el monarca continuó viviendo en el Alcázar, hasta que fue destruido por el incendio acaecido en la Navidad de 1734, motivando el traslado de la familia real al Buen Retiro.

Ya que la Real Posesión iba a ser la morada de la real familia, fue necesario realizar algunas mejoras en ella. Así, se acondicionaron diversas habitaciones del palacio, algunas de las cuales se decoraron según el estilo Rococó, de moda en Francia.

Igualmente, fueron restauradas algunas ermitas, construyéndose la de Nuestra Señora de las Angustias, como parroquia para los empleados del lugar.

Las representaciones teatrales siguieron realizándose con asiduidad; para ellas, se hicieron diversos telones decorados, de los que conservamos algunos como el ejecutado en 1707 por el pintor Antonio Palomino para la obra "Todo lo vence el amor" (24).

Aún más importancia tuvieron las óperas, para las que, según Cambronerero (25), se construyó un magnífico teatro, aunque quizá lo que se hizo fue restaurar el viejo edificio ya existente. El edificio, inaugurado en 1738 con la ópera *Amace*, fue el lugar a través del cual se introdujeron las óperas italianas en España, traídas por el famoso cantante Carlos Broschi, Farinelli, contratado por Felipe V en 1737, con un sueldo anual de 1.350.000 reales de vellón, coche con dos mulas y vivienda (26). No nos ha de extrañar este elevado contrato, ya que el cantante italiano era uno de los pocos que aliviaba al monarca de su hipocondría. Estas representaciones dramáticas llegaron a ser tan frecuentes que fue necesario construir, en 1745, un almacén, según diseño del arquitecto italiano Santiago Bonavía, para guardar los bastidores (27).

También mandó realizar Felipe V un Juego del Mallo, al igual que los que existían en otros Reales Sitios, como en la Granja de San Ildefonso, pues era una de sus diversiones favoritas.

La clara influencia extranjera que se notó en España con la llegada de la nueva dinastía borbónica, ya que los principales puestos fueron ocupados por franceses e italianos, fundamentalmente, tal y como sucedió en el campo de la arquitectura, pintura, escultura y otras artes. En materia de jardinería se observó el mismo fenómeno, al mandar venir diversos jardineros franceses e italianos.

Como jefe de los jardineros del Buen Retiro, Felipe V hizo llamar, en 1712, al galo Louis Renard, con un sueldo anual de doscientos doblones y vivienda en la ermita de San Pablo o en la de San Bruno, desempeñando esta labor hasta su muerte, en 1733, siendo sucedido en el cargo por su hijo mayor (28).

Aunque las zonas verdes no sufrieron grandes cambios, durante el reinado de Felipe V se realizó el único jardín de tipo francés que ha tenido este lugar en toda su historia, y que actualmente podemos seguir viendo, aunque excesivamente reformado. Nos referimos al denominado Parterre, jardín rectangular, hecho de setos geométricos recortados, sometiéndose todas las partes que lo componen a la regla y al compás; antes de las remodelaciones sufridas, con Isabel II y en la década de 1970, esta zona ajardinada era un claro ejemplo de jardín de "broderie", típicamente francés.

2. Su estado durante el reinado de Fernando VI

Más esplendor tuvo el Buen Retiro durante el corto reinado del segundo monarca borbón, Fernando VI, según algunas opiniones, fue el que mandó construir el nuevo teatro, descrito por Antonio Ponz "la escena es preciosísima. Aunque el semicírculo del teatro no es uno de los más grandes, era suficiente para colocar en sus aposentos a todos los Ministros, Grandes, Embaxadores y demás dependientes de la familia real, siendo también la platea capaz de muchas gentes" (29). En este marco seguían teniendo lugar numerosas representaciones dramáticas, entre las que continuaban destacando las óperas italianas, interpretadas todavía por Farinelli, que permaneció en la Corte como cantante de Cámara hasta que fuera desterrado por Carlos III.

Firmado por José Pérez, en 1747, conservamos un bello proyecto de una grandiosa escalera de tipo clasicista, destinada a unir el palacio y la iglesia del monasterio de los Jerónimos (30).

3. Las nuevas funciones del lugar con Carlos III y su sucesor: la funeraria, la industrial y la científica

La llegada desde Nápoles, para hacerse cargo del trono español, de Carlos III, nuestro mejor representante del Despotismo Ilustrado, supuso para el país una gran renovación, ya que se fundaron ciudades de nueva planta (La Carolina, la Carlota, entre otras), se hicieron cementerios alejados de los núcleos urbanos, se mejoraron los puertos, etc.

También la capital del Reino se vio favorecida

(22) Yves Bottineau (1960): *L'art de Cour dans l'Espagne de Philippe V (1700-1746)*, 1.ª edic., Institute d'Etudes Hispaniques, Bordeaux, pp. 262-267.

(23) Pedro Navascués Palacio (1978): *Palacios madrileños del siglo XVIII*, 1.ª edic., Ayuntamiento de Madrid, Madrid, p. 7.

(24) J. E. Varey (1981): "Dos telones para el Coliseo del Buen Retiro", en: *Villa de Madrid*, II, pp. 17-18, Ayuntamiento de Madrid, Madrid. También se encuentra en el Archivo del Palacio Real, plano núm. 1412.

(25) Carlos Cambronerero (1875-1907): "El Retiro", en: *Revista Contemporánea*, T. 116, p. 54.

(26) Victorino Tamago (1927): "La influencia del famoso Farinelli", en *Blanco y Negro*, núm. 1.907, Imp. Blanco y Negro, Madrid.

(27) Archivo del Palacio Real. Plano núm. 1.047.

(28) Archivo del Palacio Real. Caja 874, exp. 19.

(29) Antonio Ponz (1947, edic. facsimil): *Viaje de España*, Aguilar, Madrid, p. 557.

(30) Archivo del Palacio Real. Plano núm. 1.083.

por abundantes mejoras, al sanearse las calles, trazarse los primeros paseos arbolados por la zona meridional de la ciudad (como fue el caso del Salón del Prado) construirse fuentes monumentales, elegantes edificios (entre los que destaca el Museo de Ciencias Naturales, hoy Museo del Prado), etc.

Sin embargo, el Buen Retiro no fue uno de los lugares predilectos del monarca ilustrado, ya que trasladó su residencia al nuevo Palacio Real, que mandara hacer su padre, dejando así de residir en el Real Sitio que estudiamos, que pasó a un segundo plano, utilizándolo únicamente de manera esporádica, como zona de descanso y para hacer algunas representaciones teatrales, efectuadas cada vez con menor brillantez, hasta que fueron suspendidas en 1777.

Reflejo de la decadencia que se sentía en esta Real Posesión es el abandono que sufrieron diversas de las ermitas, convirtiéndose algunas en depósito de materiales o en establecimientos militares.

Por contra, Carlos III, procuró dar al Buen Retiro una bella apariencia exterior, al sustituir las antiguas tapias por elegantes verjas por los lados de la calle de Alcalá y del Paseo del Prado, dos vías a las que se prestó especial atención, al construirse la Puerta de Alcalá por Sabatini y convertirse el Paseo del Prado en uno de los más elegantes de la capital. Con esta obra se fijaban los límites del Real Sitio, que iban "desde la fachada de la izquierda del Monasterio de San Jerónimo bajando por la línea de la izquierda del Monasterio de San Jerónimo bajando por la línea de los edificios y tapia a la izquierda del arroyo del Prado y subiendo por el mismo arroyo a esquina del Jardín de Primavera y desde allí siguiendo la línea del emberjado y arcas que rodean el territorio actual del Sitio por el norte, este, sur y oeste hasta volver a encontrar el Monasterio, unas casas adyacentes al olivar y huertas quedan detrás de la demarcación como parte del Sitio", según decía unas Reales Ordenes de 3 y 12 de agosto de 1782 (31).

Estas verjas hicieron que el lugar apareciese menos cerrado a la vista del público, al que Carlos III permitió entrar, si bien cumpliendo unas rígidas condiciones, tal y como se ve en el AVISO AL PUEBLO PARA EL PASEO A PIE EN LOS JARDINES DEL REAL RETIRO, dado el 12 de mayo de 1767, que exponemos a continuación (32).

"Permitiéndose que en los jardines del Real Sitio del Retiro se concurra á pasear á pié mientras las estaciones del verano y otoño lo hagan agradable, proporcionando en ellos la comodidad del asiento y refresco que libremente convenga á cada uno, se hace saber lo siguiente: I. No se dará entrada sino á cuerpo descubierto, de manera que los hombres han de presentarse peinados, sin gorro, red, monteras, ni cosa que desdiga del traje decente que se usa; por consecuencia, en casaca y chupa, sin jaquetilla, capa ni gaban. II. Las mujeres hasta la puerta del jardín podrán traer el manto ó mantilla,

según les pareciese, pero para entrar tendrán que plegar, dejar allí o ponerlas en sus bolsillos; en inteligencia de no contravenir por motivo alguno una vez dentro, pues á la que se le viese en el hombro ó á la cintura se le quitará por los guardas reales del Sitio, sin que sirva de disculpa el ambiente ú otra razón, porque no hallándose en estado en concurrir, según se explica, nadie ha de exponerse á ello para alterar las reglas que se prescriben. III. Habrá abundancia de asientos en sillas de paja, pagando 4 cuartos por cada una; pero se entiende mientras se ocupasen, porque en dejándolas una vez no es posible que quien las aposenta pueda atender á quien pertenezca cada una. IV. También se servirán refrescos en la parte del Plantío nuevo y en la del Mallo, cuya tarifa impresa se tendrá allí á la mano para regla de los pagos, según las especies que se tomen. V. Por sentarse en los bancos que tiene por suyos el jardín, no se pagará, pero á ellos no se servirá refresco y los que apetecieren tomarlo, tendrán que acercarse adonde se despacha y beberlo, ocupando sillas, ó en pié si no quieren satisfacerlas. VI. Para entrar será de media tarde abajo, pero para salir se fija la hora de las 9, porque á la media se cierran las puertas indefectiblemente. VII. A fin de que los coches arrimen con mayor facilidad y las gentes de á pié logren menores distancias, se dará también entrada y salida por la Puerta Verde, junto á la Ermita de San Juan, á más de la regular de la Plaza de la Pelota. VIII. No se necesita prevenir con estrechez la compostura y regularidad que ha de gobernar las acciones de los concurrentes, porque la misma publicidad y el respeto que se merece un Real Sitio, tienen en sí bastante influencia para persuadir lo que conviene á un concurso decente como éste. IX. Empezará dicho paseo desde el Jueves 14 del corriente y continuará sin alteración en lo referido diariamente".

La medida tuvo una gran acogida por los madrileños, tal como lo reflejan los testimonios de algunos contemporáneos: "En Madrid están muy divertidos con el nuevo paseo inventado por Aranda en el Retiro, donde se han puesto más de doscientas sillas para que puedan sentarse las gentes, cafés, etc., en tiendas y barcos que dicen se pondrían en los estanques". "El paseo del Retiro dicen que va siendo lindísimo y muy acompañado de gente sin capa ni mantilla; hai cuatro tiendas de campaña en varios paraxes que sirven de botellerías y sillas en todas partes para sentarse, y aunque se paga una miseria, para abonarse todo el verano se pagan cuatro ducados, según me lo pintan haiga paseo más luzido en la Europa" (33).

Con Carlos III, el Buen Retiro pasó a desempeñar dos nuevas funciones: la funeraria y la industrial. La primera, al crearse un cementerio modelo de carácter restringido, en el que solamente se inhumaron a los servidores del Sitio, además de algunos personajes ilustres, así como a héroes de la Guerra de Independencia (34).

(31) Traslado de R.O. sobre límites del Real Sitio del Buen Retiro. Siglo XVIII. Madrid, p. 273.

(32) Angel Fernández de los Ríos (1876): *Guía de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, pp. 360-361.

(33) Juan de Cepeda Adán (1966): "El Madrid de Car-

los III en las cartas del marqués de S. Leonardo", en: *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. I, p. 228, C.S.I.C., Madrid.

(34) *Guía histórica del Parque de Madrid*, por D.E.R.N., Madrid, 1879, p. 50.

La función industrial se cumplió cuando fue creada la Real Fábrica de Porcelana, manifestación artística de moda en la Europa del siglo XVIII y a la que eran muy aficionados tanto el rey como su esposa M.^a Luisa, hija del Elector de Sajonia y creador de la célebre fábrica de porcelana de Meissen. El interés de los monarcas era tan grande que en el jardín de su palacio de Nápoles se hicieron construir un pequeño taller para trabajar la porcelana. Cuando Carlos III tuvo que trasladarse, se trajo consigo "doscientas veinticinco personas entre hombres, mujeres y niños y el peso de los efectos y materiales ascendió a 7.800 arrobas, de los que cuatrocientas veintidós eran de pasta de porcelana, dato interesantísimo para poder apreciar los primeros trabajos de la nueva manufactura" (35). Estas personas y materiales iban a servir para comenzar a trabajar en la nueva Fábrica del Buen Retiro, que se convertía en una clara continuadora de la de Capodimonte.

El lugar elegido para instalar la nueva manufactura fue el solar de la antigua ermita de San Antonio de los Portugueses, hoy ocupado por la plaza del Ángel Caído. Solamente cinco meses tardó en construirse el edificio, que según Llaguno fue obra de Francisco Sabatini (36) y que consistía en una planta cuadrada y tres pisos, además de varios pabellones, ascendiendo su coste a 6.000.000 de reales.

En los escasos cincuenta años de vida de la Fábrica, se pueden distinguir dos claras etapas: una primera (de 1760 a 1803, durante la cual estuvo dirigida por extranjeros, como los italianos Felipe y José Gricci y el alemán Chepers. La actividad de la Manufactura, con una marcada influencia de la de Capodimonte, estaba encaminada a conseguir objetos artísticos, costosísimos, con los que surtir a los distintos palacios y posesiones regias, sin tener fines comerciales. En estos años se hicieron obras como las Salas de Porcelana de los palacios de Madrid y Aranjuez, además de lujosísimas vajillas, jarrones, variadas esculturas, etc.). Para paliar los elevadísimos presupuestos necesarios para mantener funcionando la Fábrica, Carlos III permitió que se vendiesen determinados productos, que tenían unos precios prohibitivos. Esta actividad comercial fue uno de los principales fines de la segunda etapa, comprendida entre 1803 y 1808, durante la cual estuvo al frente de la misma el español Bartolomé Sureda, que consiguió encontrar la fórmula para conseguir la añorada porcelana dura, también llamada de Madrid y que se componía de cuatro partes de cuarzo de Galapagar, dos y medio de feldespato descompuesto de Majezueta del Laso, dos partes de arcilla magnesita, de una arroyada al norte de la huerta de Zabala, componiéndose el barniz de veinticinco partes de feldespato de Galapagar y cuatro de porcelana cocida. Este hallazgo mereció el elogio del famoso químico francés, Mr. Proust, al decir "Sureda ha superado a sus maestros de Sèvres, no solamente fabrica

las más bellas porcelanas, sino que su 'bizcocho' es superior al de Sèvres. Pero lo que más nos sorprende es la novedad en esta fabricación, del empleo de cierta piedra siliceo-magnésiana o especie de espuma de mar, que está a las puertas de Madrid y que reemplaza al kaolín de nuestras pastas" (37).

El futuro halagüeño que se predecía para esta Fábrica fue cortado de raíz al iniciarse la Guerra de la Independencia, pues el edificio quedó convertido en una verdadera fortaleza, a la que se añadieron una serie de baluartes. Este proceso destructivo tuvo su culminación en octubre de 1812, cuando nuestro aliado, el general inglés Hill, antes de retirarse de la capital, ordenaba volar el edificio, con lo que eliminaba un importante competidor en este campo artístico e industrial, sirviéndonos como un exacto epitafio las palabras de Villamil "vivió cuando solo daba honra y murió cuando empezaba a dar honra y dinero" (38).

Aunque las zonas verdes continuaron como en épocas anteriores, hay que mencionar el ajardinamiento de forma geométrica de la zona N.E. que era un erial destinado, desde tiempos de Felipe IV, a cazar liebres, plantándose un bosque de olmos y encinas.

Una de las novedades producidas durante el siglo XVIII en nuestra jardinería fue la creación de centros donde se impartiesen enseñanzas teóricas, a los futuros jardineros. La carencia de este tipo de centros de nuestro país fue observada por los jardineros extranjeros, llegados a lo largo de la centuria, que criticaron el ancestral aprendizaje, puramente práctico, transmitido de padres a hijos.

Aunque existieron diversos intentos de crear estas Escuelas, como en el caso del francés J.B. Loinville en tiempos de Isabel de Farnesio, hubo de esperarse a que Carlos III aprobase, mediante Reales Ordenes de 30 de octubre y 5 de noviembre en 1778, la creación de dicha Escuela, aceptando la propuesta del agricultor y jardinero Florentino Giuseppe Lumachi.

Fue el Buen Retiro el marco elegido para instalar la Escuela Práctica de Agricultura, ideada por Lumachi, que escogió la zona del jardín de San Juan, del que se aprovecharían sus jardines geométricos para cultivar en él cedratos, naranjos, limones, etc..., así como frutales, verduras nobles, flores y otras plantas. Asimismo, se construirían dos estufas para ananas y todo lo necesario para dar clases de Agricultura y Jardinería. A pesar de la buena acogida que tuvo la idea de Lumachi, los resultados del funcionamiento de la Escuela no fueron del todo satisfactorios, ya que su promotor no le dedicaba el tiempo necesario por tener que atender a otros jardines, como el Botánico o la Quinta del Pardo, lo que motivó el progresivo abandono de la institución.

Con Carlos IV el Buen Retiro siguió utilizándose para la celebración de numerosos espectáculos,

(35) Manuel Pérez Villamil (1904): *Artes e industrias del Buen Retiro*, 1.^a edic., Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, p. 27.

(36) Eugenio Llaguno y Amirola (1977, edic. facsímil): *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración*, ilustrada y acrecentada con notas, adiciones y documen-

tos por Agustín Ceán Bermúdez, T. IV, Ed. Turner, Madrid, p. 279.

(37) Manuel Pérez Villamil. *Ob. cit.*, pp. 54-55.

(38) *Ibidem*, p. 65.



Fig. 7. *El Estanque Grande* (óleo de José del Castillo, 1780, existente en el Museo Municipal de Madrid).

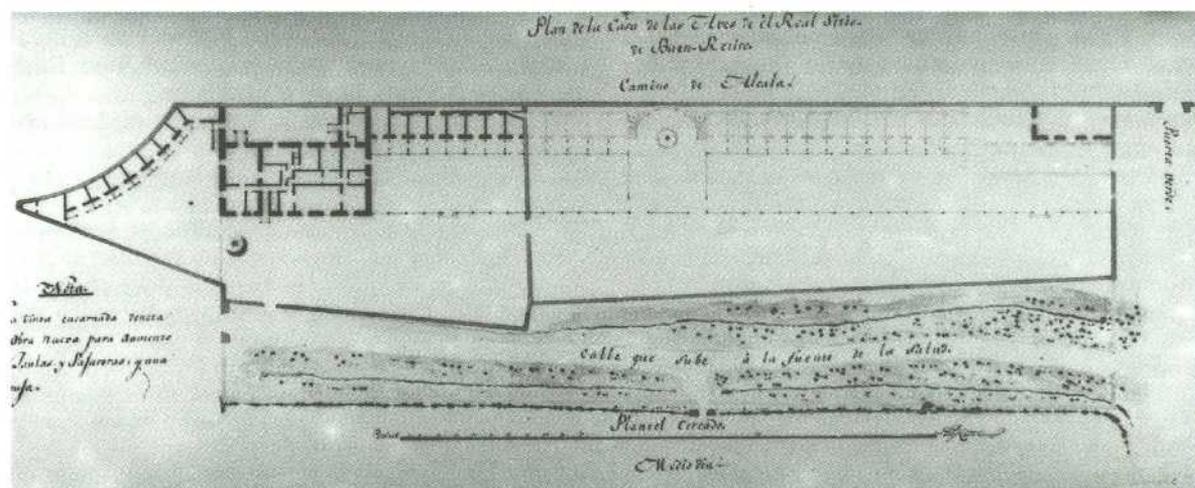


Fig. 8. *Casa de Aves*, proyectada por Juan de Villanueva (1788) (Archivo del Palacio Real).

fiestas al aire libre, bailes (introduciéndose ahora los cuplés), a los que la reina M.^a Luisa era muy aficionada. Por el contrario, las representaciones teatrales debieron ser muy escasas, pues en 1792 se informaba que el “teatro se hallaba totalmente imposibilitado”, ya que todas las armaduras de madera amenazaban ruinas y las paredes estaban agrietadas, por lo que era necesario su inmediata reconstrucción, que el rey encargó, al año siguiente, a Juan de Villanueva (39) (fig. 7).

Aunque al frente de las zonas verdes seguían viéndose nombres extranjeros, como Giuseppe Lumachi, Pietro Piccioli o alumnos miembros de la familia Boutelou, empezaban ya a proliferar los españoles, como Juan Milla o Santos Antolín. Observándose también en la jardinería la presencia de

un mayor número de artistas españoles en la corte de Carlos IV.

Aunque la idea surgió en el reinado de su padre, fue Carlos IV quien ordenó, por R.O. de 13 de junio de 1770, la construcción del Observatorio Astronómico, uno de los encargos ejemplares de nuestra arquitectura neoclásica. El edificio, obra de Juan de Villanueva, es de planta cruciforme, por un gran salón ochavado central y precedido de un pórtico exástilo de orden corintio, se ve rematado con un precioso templete jónico.

El mismo Villanueva diseñó, en 1788, una bonita Casa de Aves, que fue realizada, sin ajustarse al proyecto, junto al cerramiento de La Plaza de la Independencia derribándose para formar dicha Plaza (40) (fig. 8).

(39) Archivo del Palacio Real. Caja 7.307, exp. 49.

(40) Archivo del Palacio Real. Plano núm. 958.

EL SIGLO XIX

1. LA DESTRUCCION DEL REAL SITIO A CONSECUENCIA DE LA INVASION FRANCESA

La llegada del nuevo siglo supuso para el país y la capital una época de caos y decadencia, motivada por la Invasión francesa.

También el Buen Retiro entró en una etapa de clara ruína, convirtiendo Murat y sus tropas este lugar de recreo en una verdadera ciudadela, al instalarse cañones en diversos lugares, construirse baluartes, etc. (fig. 9).

El palacio, teatro, ermita de San Blas, el Juego de Pelota y otros edificios fueron convertidos en cuarteles o establos, con lo que gran parte de ellos quedaron muy deteriorados o prácticamente destruidos.

Los jardines fueron igualmente destrozados, al quedar toda su superficie transformada en amplios campos de maniobras.

Sin embargo, algunas zonas del deteriorado Real Sitio pudieron ser disfrutadas por el público, ya que José I concedía temporalmente determinadas partes de los jardines para que se celebrasen funciones públicas. Así mismo, en 1809, destinó gran parte de la Posesión a paseo público.

Al retirarse las tropas invasoras, en 1812, el Buen Retiro quedaba prácticamente destruido, como se ve en las palabras de un testigo presencial, Antonio Alcalá Galiano, "veíanse allí cañones clavados, comienzos de fortificaciones, ó no

concluidos y deshechos, municiones de guerra en abundancia, acopio de provisiones arrojadas al suelo y desparramadas, ó por los mismos invasores al retirarse, ó por los primeros del pueblo que á quienes impelió la locura o la ira á el licito deseo de aprovechar parte de aquellos despojos. Abundaba el vino pero se levantó la sospecha de que estuviese envenenado" (41). El grado de deterioro era tal que, en 1815, se hablaba del Real Sitio como de un mero recuerdo histórico.

2. Su reconstrucción y embellecimiento por Fernando VII. El Reservado

Fernando VII encontró un Real Sitio totalmente destrozado, en el que hubo de realizar cuantiosos gastos para volver a ponerlo en el estado que se hallaba antes de la llegada de los franceses. Ante la falta de medios para tal fin, el rey se vio obligado a arrendar diversas zonas del Buen Retiro, como los jardines de San Juan, de Primavera, de la Magdalena, así como zonas de bosque y de pastos, vendiendo también las leñas resultantes de las podas y el hielo de los estanques.

Fue en estos años de reconstrucción cuando se acabó de derribar lo que quedaba en pie de la Fábrica de Porcelana de Carlos III, utilizándose sus materiales para las obras del nuevo Real Sitio que estaba surgiendo, el Casino de la Reina y para la construcción de la Fábrica de la China de la Real Florida, erigida para sustituir a la del Buen Retiro, aunque nunca llegó a igualarla.

El esfuerzo de Fernando VII, consiguió en po-

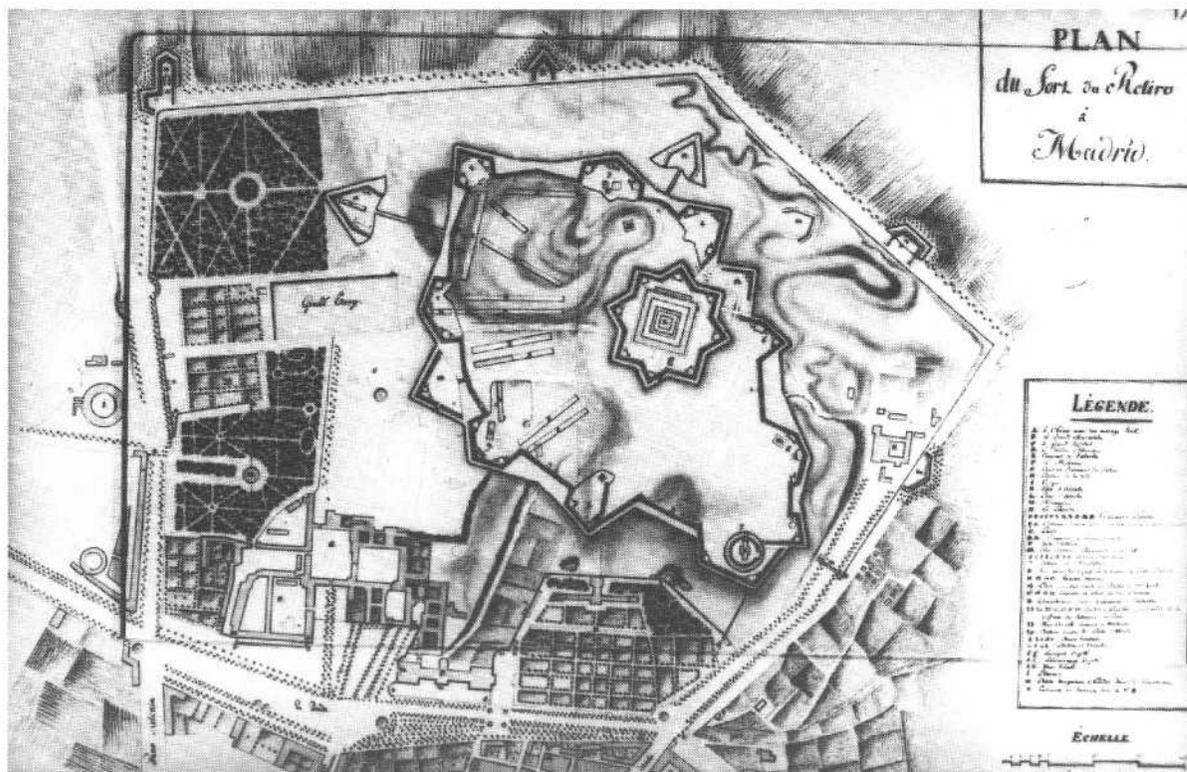


Fig. 9. El Buen Retiro fortificado durante la Invasión Francesa (Biblioteca del Palacio Real).

(41) Antonio Alcalá Galiano (1890): *Recuerdos de un anciano*. T. VIII, 1.ª edic., Biblioteca Clásica, Madrid, p. 93.

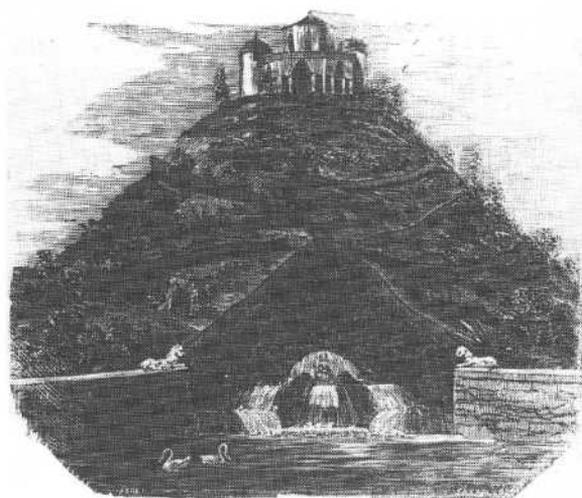


Fig. 11. *La Casa del Pescador*, mandada construir por Fernando VII.

Fig. 10. *La Montaña Rusa del Reservado del Buen Retiro*, mandada construir por Fernando VII.

cos años, poner el lugar "en un estado de brillantez y lozanía, que iguala, si no excede, al que pudo tener en los reinados anteriores" (42).

Tras esta recuperación del Sitio, el monarca, siguiendo la línea iniciada por Carlos III, abrió buena parte al público, que podía pasear y disfrutar de estos lugares.

Sin embargo, el monarca dejó para sí y su familia la zona N.E., llamada el "Reservado", cuyos límites eran el Estanque Grande y las actuales calles de Alcalá y Menéndez Pelayo. Esta superficie se dedicó al exclusivo uso de la familia real, separándose del resto del Buen Retiro por sus propias tapias, que impedían el paso del público, aunque éste podía visitar el reducto en determinadas horas, mediante pago.

El Reservado fue la zona que más atención recibió, haciéndose en él numerosas plantaciones, convirtiéndose en el lugar más frondoso del Real Sitio. Allí podían verse una gran variedad de árboles, como catalpas, falsas acacias, gleditzias, chopos, plátanos, etc., además de numerosos frutales. Igualmente, se realizaron jardines de tipo geométrico, paseos arbolados, bosquetes, no faltando superficies dedicadas a huertas.

Desde que la reina M.^a Antonieta encargara a su arquitecto predilecto Richard Mique, la construcción en el Petit Trianon de Versalles de una aldea con su molino, este tipo de construcciones rústicas empezaron a ponerse de moda en los principales jardines europeos a partir de 1760. A finales del siglo, se hacían las primeras construcciones, denominadas "Caprichos", en nuestro país, tal fue el caso de la Casa de la Vieja y la Casa Rústica, obras del decorador teatral Angel M.^a Tadei, en la Alameda de Osuna (43).

A lo largo del siglo XIX, nuestros más importantes jardines se fueron poblando de estas modestas y pequeñas construcciones, realizadas con pobres materiales (como madera, ladrillo, pizarras, etc.), que servían de recreo a sus propietarios y que eran

claras muestras románticas, de moda en los jardines paisajistas de Europa. Entre los "Caprichos" hechos en nuestro país se encontraban la Casa Rústica o del Choricero de la Real Florida, la Casa Rústica del Casino de la Reina, la Casa del Ermitaño en Aranjuez, etc.

Pero quizá el más completo y conocido conjunto de "Caprichos" fue el que Fernando VII mandara hacer en el Reservado del Retiro. De ellos aún podemos contemplar la Montaña Rusa (conocida popularmente por la Escribanía o el Tintero (fig. 10). Su base se hallaba dividida en varias estancias para empleados, un depósito de leña y otras dependencias y se veía rematada por un bonito observatorio, así como dos torres con unos vanos serlianos. A sus pies se veía una ría, de 398 metros cúbicos, llena de peces y gansos, en la que caía una cascada, adornada en su parte superior por un león de yeso (44). Otro de los "Caprichos" que conservamos es la Casa del Pescador (en las inmediaciones de la anterior y situada sobre una pequeña plataforma en el centro de un estanque, que servía de pescadero real. Es una diminuta construcción de planta centrada, decorada al modo renacentista y rematada por un chapitel de plomo. Su interior se hallaba ricamente ornamentado con ricas telas y un precioso mobiliario (fig. 11). Hoy convertida en Sala de Fiestas, podemos contemplar la Casa del Contrabandista, que para Pedro de Répide era la más española de todos los "Caprichos", tanto por su nombre, como por su construcción. Consta de un pórtico y de una estancia principal, que se veía muy ricamente decorada.

Sin embargo, no se conservan la Casa Rústica o Persa (ubicada junto a la verja de la calle de Alcalá, entre la fuente de la Salud y la Montaña Rusa). Constaba de tres cuerpos, dos cuadrilongos, que flanqueaban uno circular central, unidos por una galería cerrada. Algunas zonas del exterior aparecían revestidas por trozos de madera sin descortezar. El interior aparecía suntuosamente decorado

(42) Ramón Mesonero Romanos (1831): *El antiguo Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, p. 322.

(43) Joaquín Ezquerro del Bayo (enero 1926): "La Alameda de Osuna", en: *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, núm. IX, p. 59, Ayuntamiento de Ma-

drid, Madrid. Y Pedro Navascués Palacio (1975): "La Alameda de Osuna: una villa suburbana", en *Pro-Arte*, núm. 2, p. 15, Fundación General Mediterránea, Barcelona.

(44) Archivo de la Villa. A.S.A. Leg. 10-36-12.

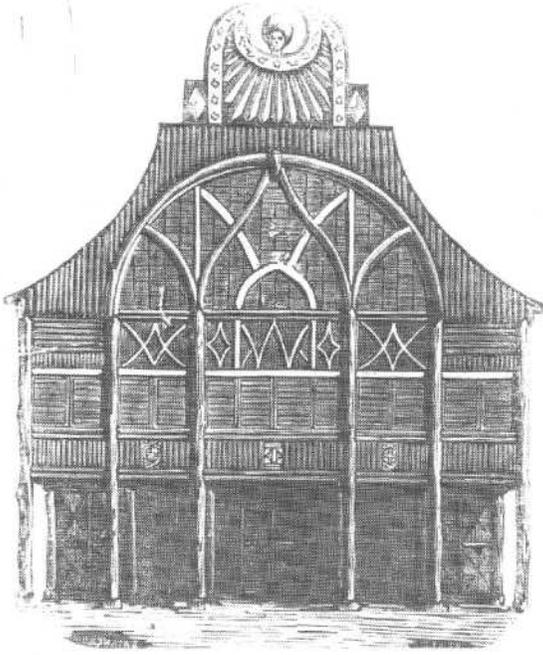


Fig. 12. *La Casa Persa, mandada construir por Fernando VII.*

a la manera oriental, cubriéndose el salón-rotonda con sedas y objetos procedentes de la China (45) (fig. 12). Otra importante construcción rústica desaparecida era la Casa del Pobre (situada entre el Estanque Grande, la Casa Rústica y la Pajarera). Era una de las más claras muestras de la corriente romántica, ya que en su planta inferior se veían maniqués, que representaban una aldeana hilando y un niño en una cuna dentro de una modesta cocina, en cuyo fondo se abría otra estancia, en la que se veía un matrimonio de Cuba, protector de la familia del pobre. El piso superior estaba ocupado por un gabinete, revestido de finas telas. Su rústico exterior aparecía cubierto por piedras irregulares, ladrillo y troncos de madera.

No faltaron tampoco en el Reservado una Pajarera, situada en las inmediaciones de la Plaza de la Independencia; una Faisanera, la llamada Casa del Labrador y otras construcciones de este tipo.

Pero una de las más importantes empresas acometidas por Fernando VII en su Reservado fue la ejecución de la Casa de Fieras, culminando así la presencia secular de pajareras, leoneras y otros lugares donde se exhibían colecciones de animales, logrando reunirlos en una amplia zona acotada. También fue Carlos III el primero que había creado en el Buen Retiro una pequeña Casa Zoológica, que había ido manteniéndose a lo largo de los años, aunque Madoz la calificara de "mezquina" (46), siendo quizá la misma que el viajero Nicolás de la Cruz y Bahamonde, describiese, a principios del siglo XIX como "hay una casa con un

patio circular, para fieras. En los cuartos baxos están los leones, osos tigres, etc., y en la galería alta, con separación, los pelicanos, las águilas, etc." (47).

En 1830, Fernando VII, fundaba la nueva Casa de Fieras, descrita, años más tarde, como "el edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto... Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes verjas y trampas; largos y hermosos corredores; ...para la salud y un salón o emberjado de recreo (sala de compañía)..." (48).

Entre los diferentes edificios se veían zonas ajardinadas, en las que se emplazaron jaulas de hierro y mampostería, sencillas construcciones de ladrillo y empalizadas de madera; describiendo Mesonero todo el conjunto como "un cuadrilongo muy estenso con jaulas o aposentos fuertes para animales salvajes, aves, etc." (49). Por el contrario, la opinión que merecía a Fernández de los Ríos no era muy favorable, ya que la calificó de "parodia de Jardín de Aclimatación y se quedó en jaula de monos" (50), o como "obra capital de Fernando VII; construcción falta de todo gusto que, formando un descomunal e irregular patio, consta de planta baja y una principal, con numerosas jaulas, á que corresponden otras de hierro por la parte posterior" (51).

El número de ejemplares de la nueva Casa de Fieras se vio considerablemente aumentado, lográndose reunir una rica colección de animales, que fue aumentando en el transcurso de los años, a la vez que se mejoraba el Zoológico, sobre todo cuando el Real Sitio se convirtió en Parque municipal, según trataremos en el artículo relativo al período de este jardín como Parque Público.

Otro de los puntos a los que el monarca dedicó especial atención fue el Estanque Grande, que fue cercado con doscientos tres tramos de verja de hierro, entre pilares de piedra, que anteriormente formaba el canapé de la alcantarilla de Recoletos y que el Ayuntamiento había entregado, en 1824, al administrador del Buen Retiro (52).

No le bastaba al "Deseado" esta leve mejora, sino que quiso ornamentarlo con diversas construcciones, encargando estas obras a su arquitecto, Isidro González Velázquez, que firmaba los proyectos, que exponemos seguidamente, en 1819.

Para el lado meridional del Estanque, el arquitecto madrileño pensó la fuente Egipcia, popularmente conocida por la del Mallo, el Canopo o la Tripona. La obra, hecha en ladrillo y piedra berroqueña, tenía en su parte posterior un pequeño estanque. La denominación de egipcia le venía dada por los elementos que la decoraban, como el canopo o enorme vasija situada en el nicho central y las dos esfinges del podium, sobre el que se erigía una escultura de Osiris, hoy desaparecida. A ambos lados de la fuente, que todavía podemos ver en

(45) *Guía del Parque de Madrid*, por D.E.R.N., Madrid, 1879, p. 29.

(46) Pascual Madoz (1847): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus provincias de Ultramar*, 1.ª edic., Imp. del Diccionario Geográfico, Madrid, tomo X, p. 907.

(47) Nicolás de la Cruz y Bahamonde (1812): *Viaje de España, Francia e Italia*, 1.ª edic., Imp. M. Bloch, Cádiz, tomo X, p. 58.

(48) El Curioso Parlante (5 julio 1840): "Los Jardines Re-

servados del Retiro", en: *Seminario Pintoresco Español*, p. 211.

(49) Ramón de Mesonero Romanos (1844): *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*, Viuda de Antonio Yenes, Madrid, p. 402.

(50) Angel Fernández de los Ríos (1876): *Guía de Madrid*, 1.ª edic., Abaco, Madrid, pp. 366-367.

(51) *Ibidem*, p. 364.

(52) Archivo de la Villa, A.S.A., Leg. 1.ª-118-30.

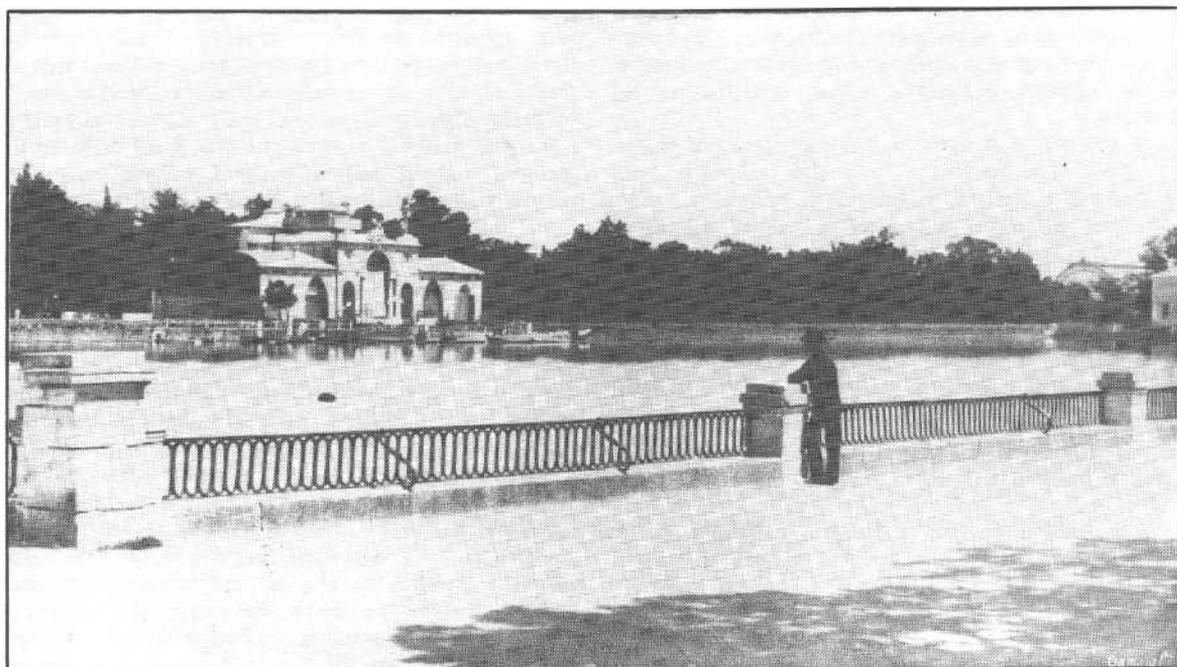


Fig. 13. El Estanque Grande del Retiro, a comienzos de nuestro siglo. Se ve el Embarcadero, construido por Isidro González Velázquez, en tiempos de Fernando VII.

nuestros días, se levantaron dos norias de planta octogonal, claras muestras del estilo clasicista romántico de la época Fernandina y que sustituían a las primitivas de tiempos de Felipe IV.

La obra de mayor envergadura que realizó Fernando VII en el Estanque fue el Embarcadero (53), que se levantaba en su lado oriental hasta que fue destruido a principios de nuestro siglo para erigir en su solar el magno monumento a Alfonso XII. La construcción, hecha de piedra, ladrillo, madera, cubierta de zinc y plomo, estaba en la línea de la arquitectura fernandina ya mencionada. Constaba de un cuerpo central abierto al estanque por un gran arco serliano, flanqueado por dos menores de medio punto, precedidos por una balaustrada de hierro; dicho cuerpo aparecía cubierto por un cimborrio poligonal, rematado por una gran estrella, igualmente diseñada por Isidro González. A cada lado de este núcleo central, existían dos más bajos, abiertos también hacia el agua por medio de dos vanos, uno apuntado y otro de medio punto, con enjutas adornadas con anclas. La fachada opuesta, que miraba a los jardines, presentaba un cuerpo central con órdenes superpuestos. El interior del Embarcadero estaba preparado para el descanso de las reales personas con diversos gabinetes (54), entre los que destacaba uno circular, con pilastras de escayola y pavimento de mármoles (55) (fig. 13).

Para completar la reforma del Estanque, González Velázquez diseñaba una colosal columna, rematada por la figura de Hércules, a la que podía

subirse. Este proyecto fue el único de los tres mencionados que quedó sin realizarse.

Transcurridos algunos años, el viajero S. Mackenzie Alexander, en visita por nuestro país, describía así el Estanque Grande: "estaba rodeado de un muro de piedra cortada y rica balaustrada de hierro; en un lado, un pequeño edificio con el escudo naval. De vez en cuando la familia real hace una excursión por el lago. Al estar el Retiro en un lugar elevado, esto es obstáculo para la traída de aguas y hay que poner norias, bajo rústicas cabañas, adornadas con pagodas egipcias, con mulas que dan vueltas" (56).

En el Reservado, que estamos tratando, se construyeron también diversos invernaderos, en los que se cultivaron flores y otras plantas, que más tarde se pondrían en sus jardines, a cargo del jardinero mayor, Damián Conde (57).

Aunque la principal atención se dedicó al Reservado, no se descuidaron hacer plantaciones en otros lugares para ir repoblando las extensas zonas maltratadas durante la Guerra de la Independencia, a pesar de la escasez de aguas, debiendo utilizarse las norias, que suponían, por término medio, un gasto de ocho a doce mil reales cada verano (58). A la vez, debían combatirse un buen número de enfermedades que sufría el arbolado, como fue el caso del "escoillo", que había destruido buena parte de los olmos de la capital, entre los que se contaban hermosísimos ejemplares del Buen Retiro, cuyo arbolado estaba a cargo del jardinero mayor y arbolista Pedro Boutelou.

(53) Pedro Navascués Palacio (1973): *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, 1.ª edic., Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, p. 41.

(54) Archivo del Palacio Real. Leg. 775. Sección Administrativa. Inventario Buen Retiro.

(55) Pascual Madoz. *Ob. cit.*, p. 906.

(56) A. S. Mackenzie (1831): *A year in Spain by a young American*, London, V.I., p. 215.

(57) Archivo del Palacio Real. Caja 248, exp. 6.

(58) Archivo del Palacio Real. Leg. 17. Casa de Campo, año 1821.

No se olvidó tampoco la construcción de estanques para peces, patos y otros animales. Igualmente, diversas zonas singulares fueron ornamentadas con esculturas y fuentes, como sucedió con el Parterre.

La opinión que merecía el Buen Retiro durante el reinado de Fernando VII no era unánime, pues mientras que algunos visitantes de provincias consideraban el Reservado, quizá exageradamente, como una de las maravillas del mundo o como un oasis encantador; para otros era un vulgar lugar, entre los que se incluyen el viajero francés Teófilo Gautier, al decir que no había comparación posible entre este Real Sitio madrileño con Versalles, Marly ni Saint-Cloud, pareciéndole el Buen Retiro "una finca de un tendero enriquecido: es un jardín lleno de flores vulgares, pero vistosas, estanquillos con rocas artificiales y surtidores, lagos verduzcos, donde hay cisnes de madera blanca barnizada y otras maravillas de mediano gusto, los madrileños se extasían delante de la casa rústica, donde hay la cosa más ridícula y grotesca que pueda imaginarse. Figuraos un establo con una cabra y un cabrito disecados, y una cerca de piedra parda con cerditos mamando... horrorosos autómatas hacen manteca, hilan o mecen chiquillos de madera; en la habitación contigua está un viejo enfermo y echado en la cama. Ese es el resumen exacto de las principales magnificencias del Retiro" (59).

Aunque la primordial función del Buen Retiro fue la recreativa, no olvidó Fernando VII hacer en él construcciones de carácter científico, de las que nos puede servir como ejemplo el Real Gabinete Topográfico, hecho, en 1829, por León Gil de Palacio, autor de la bellísima maqueta de Madrid, hoy conservada en el Museo Municipal. Con esta fundación, este Real Sitio se incorporaba al grupo de las posesiones reales que contaban con estas instalaciones, como eran El Escorial, la Casa de Campo y Aranjuez, entre otras. Desgraciadamente, al morir el monarca, el Gabinete Topográfico, que comenzó a recibir menores subvenciones, entró en una clara decadencia (60).

3. Mejoras y pérdidas de terrenos con Isabel II

Aunque los recursos económicos escaseaban, durante la minoría de edad de Isabel II, tanto en la regencia de su madre M.^a Cristina y la breve de Espartero, el Buen Retiro recibió notables mejoras en la zona Reservada y sobre todo en la parte pública.

A pesar de las atenciones prestadas a este Real Sitio, en los últimos años del reinado de Isabel II se produjo la pérdida de casi una tercera parte de su superficie, como veremos más adelante.

El cuidado dedicado al Reservado consistió en conservar el buen estado en que lo había dejado su padre; prestando particular atención a las plantaciones, a cargo del director general de Jardines y Bosques del Real Patrimonio, Fernando Boutelou,

quien, en 1846, describía el estado de esta zona "ha mejorado notabilísimamente con las abundantes y esquisitas remesas de plantas y simientes de flores traídas de varias provincias del Reyno, de Francia, Alemania, América Septentrional y otros puntos y sólo falta para que este Real Sitio en un todo á lo más célebres Jardines y Parques del extranjero (Versalles, Windsor, Keew, Bruxles, etc.) que S.M. se digne aprobar la construcción de la estufa de conservación y propagación de plantas exóticas que tengo propuesta... Esto, no obstante, siempre está poblado de flores vistosas todo el Jardín, que además de contribuir a su adorno, se destinan para los ramos que en todas las estaciones del año se sirven a S.M. con abundancia y variedad: y en las estufas existentes, aunque de construcción muy imperfecta se conservan en el mejor estado muchas plantas exóticas de mérito, que son enteramente desconocidas en el resto de la península" (61).

A partir de 1866, las zonas del Reservado dedicadas a árboles frutales y viñedos fueron sustituyéndose por árboles de sombra y de adorno, con lo que se reforzaba el carácter recreativo del lugar, en deterioro de la función productiva, aunque la razón dada para este cambio fue buscar una mayor economía, tanto en agua como en jornales. Así, el Jardín de la Pajarrera, situado a ambos lados de la calle que iba desde la puerta de las Heras a la Montaña Rusa, veía cómo sus variados frutales eran sustituidos por diversas variedades de acacias; en el parterre que presidía la Casa Rústica se quitaban los árboles frutales para poner cipreses y acacias de bola; en el Plan de la Thuya se plantaban grupos y macizos de abetos, cedros, tuyas y arbustos de hoja perenne en el lugar de los antiguos árboles; además de otras zonas de este Reservado.

También destacaron en esta superficie dedicada al uso exclusivo de la familia real, el llamado Jardín de las Conchas (en cuyo zócalo había seis estatuas de mármol y asientos de pino), el Jardín de la Salud (en el que destacaba una fuente con dos niños de mármol, colocados en sendos nichos), el Jardín del Niño y un Laberinto (que no solía faltar en estos jardines de recreo y que contenía una pirámide con un reloj esférico de sol).

Por todas estas zonas ajardinadas del Reservado se veían numerosas fuentes de las que destacaremos la llamada del Patio (presidida por una Venus de mármol), la de las Mulas, las del Emparrado (con cuatro bustos de mármol de Carrara), la de los Gansos (con cuatro de estos anserinos, además de caracoles y otros ornamentos), etc.

Igualmente abundaban las rías, los estanques, las norias y las grutas. Tampoco faltaron una pajarrera, un emparrado y diversas estufas (entre las que destacaba la Grande, en la que se cultivaban numerosos tiestos de naranjos, claveles, rosales, jazmines, camelias y otras flores).

Como zona recreativa, abundaron en ella, al igual que en otros Reales Sitios, diversos juegos

(59) Teófilo Gautier (s.a.): *Un viaje por España*, 1.^a edic., Sempere Editores, Valencia, p. 72.

(60) Archivo del Palacio Real. Caja 10.690, exp. 20.

(61) Archivo del Palacio Real. Leg. 335. Sección Administrativa.

(de caballos, sortija, de paloma, etc.), a los que la familia real era muy aficionada. En 1841, aumentaba la colección, al trasladarse aquí los que había en el Casino de la Reina.

También se siguió manteniendo la Casa de Fieras, cuyos ejemplares aumentaron considerablemente, y entre los cuales se contaban una pantera, un águila, monos, hienas, loros, búhos, avestruces, canguros, un elefante, etc. (62).

Todos estos elementos convertían el Reservado en un ameno y agradable lugar, calificado, en 1846, por Fernando Boutelou como "uno de los más bellos que se conocen en su género" (63), y al que se permitía acceder al pueblo determinados días, previo pago de una entrada.

El resto del Buen Retiro, al que el público tenía libre acceso, recibió también importantes atenciones por parte de Isabel II, que gustaba, a veces, de mezclarse con el pueblo, paseándose por algunos lugares, patinando en los estanques helados, etc.

Por contra, la zona palaciega no fue una de las más favorecidas, pues aunque la familia real seguía haciendo uso de cierta parte del palacio, como de algunas cocinas, habitaciones del Gabinete Gótico, del Salón Turco y del Gabinete Chinesco. El resto del recinto palaciego estaba ocupado por las viviendas de los empleados (la del jardinero mayor, la del arquitecto de Palacio, entre otros) y por las personas a las que se les alquilaban diversos cuartos, obteniendo así, como de las entradas al Reservado, unos importantes ingresos para las menguadas arcas de la Corona.

El Casón, de sala de baile, pasó a convertirse, desde 1834, en una estancia con funciones políticas, ya que servía como centro de reunión del Estamento de Próceres. Más tarde, se convertiría en Museo, al instalarse, en 1841, el Gabinete Topográfico. Desde 1866, pasó a ser Picadero de Gimnasia del príncipe Alfonso, sirviendo también de marco a diferentes exposiciones (como a la industrial de 1868).

También el ala norte del Patio Principal, por 30.000 reales anuales, se alquilaba, en 1841, para instalar en ella el Museo de Artillería, hasta entonces ubicado en el palacio de Buenavista, junto con el de Ingenieros, del que fue separado en 1823. El edificio, hoy ocupado por el Museo del Ejército y actualmente en obras de acondicionamiento para instalarse en él fondos del Museo del Prado, tras haberlo adquirido nuestra primera pinacoteca, contenía, en 1856, numerosas muestras de armas utilizadas en todas las épocas de nuestra historia, desde las griegas y romanas a las contemporáneas, además de estandartes, bellas maquetas de ciudades fortificadas, etc. (64), muchas de las cuales siguen exhibiéndose. Tres años más tarde se ampliaba la zona al construirse, por el teniente coronel del Cuerpo, Joaquín Ruiz de Porras, un anejo de dos pisos, cubierto a dos aguas, para alojamiento

de caballos y más de doscientos hombres (65).

En 1848 se habilitaron, para instalar las escuelas de los hijos de los empleados del lugar, diversas piezas del piso bajo de uno de los patios del palacio.

Además del Reservado y de la zona palaciega, existieron numerosas construcciones de distinto carácter, distribuidas por toda la superficie del Buen Retiro. Entre las de carácter científico destacaba la torre telegráfica, de tres pisos, mandada hacer en 1850, por expreso deseo de la reina. Más numerosas fueron las de tipo recreativo, de las que la más popular era la Casa de Vacas (cuyo arrendatario tuvo que ceder, en 1851, parte de la construcción para que se instalara en ella el infante Francisco de Paula).

Sin embargo, otros proyectos encaminados pensados para realizarlos en este Real Sitio quedaron sin realizarse. Entre ellos, podemos citar la Lechería de estilo suizo, que Manuel Texeiro pensó instalar con todos los adelantos del momento; o el Café que solicitó Eduardo García, en 1868, para levantarlo en unos dos mil pies de terreno. También quedó sin realizarse un gran cementerio patriarcal, de carácter restringido, que sustituyese al primitivo, creado por Carlos III y suprimido por R.O. de 4 de mayo de 1866 (66).

Aunque Isabel II no prestó al Buen Retiro un especial cuidado, fue ella quien ordenó restaurar diversas zonas de la Posesión, que estaban en un estado de claro abandono. Dichas obras fueron encomendadas al arquitecto mayor de Palacio, Narciso Pascual y Colomer. Una de las obras encomendadas al autor del Palacio del Congreso fue la restauración de la antigua iglesia del monasterio de los Jerónimos, a la que, aun conservando su estilo gótico de tiempos de los Reyes Católicos, le dio un cierto sello romántico. La obra fue acabada por Enrique M.^a Repullés y Vargas, en 1883, cuya labor se centró fundamentalmente en el interior del edificio, en el que formó su tribuna, al regularizar una serie de huecos que aparecían encima de los arcos formeros (67). Otra de las obras de la que se hizo cargo Pascual y Colomer fue la restauración del Observatorio Astronómico, sumido en un claro abandono desde 1820, en que había dejado de funcionar, volviéndose a poner en servicio en 1850. También fue necesario acondicionar sus feos alrededores, derribando unas tapias y haciendo diversas plantaciones para realzar la belleza del edificio de Villanueva.

Destacable fue la labor realizada durante el reinado de Isabel II en materia de jardines, tanto en el Reservado (al que solía ir con frecuencia con su hermana, la infanta Luisa Fernanda, con la que pasaba largos ratos en el cultivo de las variadas flores que contenía esta frondosa zona acotada para la familia real), como en el resto del Buen

(62) Archivo del Palacio Real. Leg. 775. Sección Administrativa. Inventario Buen Retiro.

(63) Archivo del Palacio Real. Leg. 335. Sección Administrativa.

(64) *Museo de Artillería. Catálogo de los objetos que contiene el Real Museo de Artillería*, Madrid, 1856.

(65) Servicio Histórico Militar. Plano núm. 1.253.

(66) Archivo del Palacio Real. Caja 10.687, exp. 34.

(67) Blanca Muro: *Enrique M.^a Repullés y Vargas (1845-1922). Obra en Madrid*. Tesis de Licenciatura leída el 7 de noviembre de 1985 en la Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Sección de Historia del Arte, p. 28.

Retiro, en donde las aguas no eran muy abundantes.

Estas mejoras fueron más sensibles a partir de la década de 1840, tal y como lo refleja la prensa del momento "cada año se observan nuevas mejoras en el hermoso Sitio del Retiro" (68). Para llevarlas a cabo, se trajeron abundantes plantas de España y del extranjero. Así, se recibieron claveles del Real Sitio de San Fernando, variadas flores de Barcelona y Granada, olmos de Aranjuez, simientes de abeto de la Casa de Campo, La Granja de San Ildefonso y Noruega, pinos de Escocia, etc., que se fueron plantando, a lo largo de varios años, bajo la supervisión del director general de Jardines y Bosques del Real Patrimonio, Fernando Boute-lou, con la ayuda de los jardineros y arbolistas del lugar.

En 1846, Bortelou informaba que se habían plantado más de "5.000 árboles de sombra en las calles, plazas y bosquetes, se habían repuesto muchos de los perfiles y hayas de arbustos que estaban envejecidos, como así mismo las marras de box de los parterres, en todo lo cual se han invertido 120.000 plantas traídas de la Alemania y Sitios Reales", encontrándose el arbolado "en el estado más floreciente que pueda imaginarse, y cual nunca se ha visto, no podía esperarse atendida la mala calidad del terreno y la extraordinaria escasez de aguas para el riego, pero las innumerables reposiciones y nuevos plantíos de árboles y arbustos que se han hecho en estos últimos años... las acertadas podas y limpiezas..., sin permitirse las tallas inconsideradas tan comunes en otros tiempos... la extinción completa de la oruga y demás insectos" (69). Volviendo a decir, dos años más tarde, "siendo de mucha consideración los plantíos y trabajos que se están haciendo este año en los Jardines y paseos del Real Sitio del Buen Retiro, y mucho mayores aún los que están aprobados para el próximo" (70).

Otra de las preocupaciones fue la de suprimir las zonas destinadas al cultivo de cereales, huertas y viñedos para poner en ellas árboles de sombra y frutales, ya que los cultivos que querían quitarse, además de afean el Sitio, no reportaban ningún beneficio.

Bajo la dirección de los jardineros mayores del Real Sitio, cargos ya ocupados por españoles, como Lázaro Quintas y Gómez, que lo había sido de la Alameda de Osuna, o Ramón Romualdo Aguado y Mariscal, entre otros, se fueron embelleciendo y dando frondosidad a gran parte de la superficie del Buen Retiro.

De estas zonas verdes que se fueron formando, son destacables los numerosos paseos que se arreglaron, así como algunos hechos de nuevo. Entre éstos el más importante fue el llamado de las Esta-

tuas, hoy de la Argentina, que une la Puerta de España con el Estanque Grande. Aunque Amador de los Ríos considera que el Paseo se hizo en tiempos de Fernando VII (71), Fernández de los Ríos afirma que se realizó en el reinado de Isabel II (72), debiendo existir ya, en 1850, año en que Félix Marcos solicitaba poner varias sillas en esta vía, denegándosele porque por ella solían transitar diariamente los coches de SS.MM. En 1858, ya se veían en el Paseo los elementos que le daban nombre, las estatuas de diversos reyes visigodos, Austrias, Borbones y de otras épocas de nuestra historia, que fueron realizadas a mediados del siglo XVIII por los más conocidos del momento como fueron Salzillo, Luis Salvador Carmona, Manuel Alvarez, Felipe de Castro, etc. (73), con el objeto de que decorasen las balaustradas del nuevo Palacio Real de Madrid, pero, debido al excesivo peso de las esculturas, éstas no pudieron colocarse, debiendo repartirse por distintos lugares de la capital (el mismo Retiro y la Plaza de Oriente) y otros puntos de España (como Pamplona). Las doce estatuas que se destinaron a este Paseo fueron, a un lado, las de Fernando IV, Alarico, M.^a Luisa de Saboya, D. García, Recaredo II y Felipe III; y en el otro, las de Gundemaro, Carlos II, Carlos V, Carlos III, Chintila y Fruela, de las que restan algunas. El Paseo de las Estatuas se convirtió en una de las zonas más concurridas de la capital, ya que en ella eran escasas las vías amplias y arboladas, siendo descrita por Pedro Antonio de Alarcón como "una extensa calle de árboles, con magnífica perspectiva, adornada de colosales estatuas, encastrada en el laberinto de bosques y jardines, fresca y perfumada como no hay otra en Madrid" (74).

Además de a los paseos arbolados, se prestó gran atención en ajardinar varias zonas, como un gran cuadro inmediato a la Casa de Fieras, que se convirtió en un dilatado plantío de cepas y olivos, entre los que se levantaron grandes cenadores. El llamado Campo Grande, que había permanecido baldío, fue ajardinado geoméricamente, a base de diversas diagonales que lo cruzaban y que dejaban en los puntos de intersección plazoletas circulares. El Jardín de Primavera también fue objeto de reforma, efectuada por Francisco Viet, jardinero mayor de la Administración Patrimonial de Madrid y del Campo del Moro, que ideó para ornamentarlo bellas verjas y candelabros.

El único jardín de tipo francés que contaba el Buen Retiro, desde que lo mandara trazar Felipe V, fue objeto igualmente de una profunda reforma, también llevada a cabo por el jardinero francés Francisco Viet (75). No se cambió el trazado fundamental del Parterre, el geométrico, rígido y racionalizado, sometido a la regla y el compás, y en el que, años más tarde, según palabras de Ramón Gómez de la Serna también "los juegos te-

(68) (17 julio 1846): "El Noticioso de Madrid", en *El Imparcial*, núm. 92.

(69) Archivo del Palacio Real. Leg. 335. Sección Administrativa.

(70) Archivo del Palacio Real. Caja 138, exp. 22.

(71) Rodrigo Amador de los Ríos (1905): "Los jardines del Buen Retiro. Notas para su historia", en: *La España Moderna*, núm. 193, pp. 84-85.

(72) Angel Fernández de los Ríos (1876): *Guía de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, p. 365.

(73) Pedro de Répide (1971): *Las calles de Madrid*, 1.^a edic., Afrodisio Aguado, Madrid, p. 567.

(74) Pedro Antonio de Alarcón (30 de mayo de 1858), en: *El Museo Universal II*, núm. 10, p. 75.

(75) Pascual Madoz. *Ob. cit.*, p. 908.

nían que ser rectos, geométricos..." (76). El trazado, a base de setos recortados, que contenían abundantes flores, respondía al más puro estilo francés, como bien indicaba el duque d'Harcourt en su "Traité de la decoration des dehors des jardins et de parcs" al decir "Un français met des figures geometriques dans son jardin, un anglois pose sa maison dans un pré, un chinois fait devant sa fenêtre des catarats épouvantables; voilà les trois gendres d'abus" (77). Antes de esta reforma, este jardín-salón ya presentaba una especie de planta basilical, en la que se podían distinguir tres naves y una cabecera con un ábside semicircular; en ella se veían dos estanques de forma hipodroma entre los setos de boj, de 13,6 metros 9,60 de ancho con un antepecho de piedra berroqueña, presentando en su centro un pedestal para sostener un jarrón de piedra blanca de Colmenar y una alcafofa de bronce con un surtidor, que aún podemos contemplar en la actualidad. También podemos ver el muro de contención, realizado en tiempos de Isabel II, compuesto por rampas con un antepecho de hierro, al que se adosó una fuente, de ladrillo y piedra de Colmenar, con un pilón semicircular, decorado con tres delfines y conchas y otros adornos a los lados. De este muro de contención de la cabecera conservamos algunos bellos proyectos, como el firmado en 1819, por Isidro González Velázquez (78), o el que, en 1843, hicieron Juan Merlo, Fernando Gutiérrez y Juan de Robe (79), con ciertas semejanzas al que se realizó. En los extremos de este muro de contención, metidos en sendas hornacinas de ladrillo, se instalaron dos pequeñas fuentes de alabastro, de las que solamente queda una, de 1,10 metros de largo, 0,60 de ancho y 0,65 de profundidad, ricamente ornamentada con motivos renacentistas (guirnaldas, mascarones y otros), así como con animales acuáticos. El predominio de la horizontalidad que presentaba el Parterre se rompía por varios hitos verticales, como las cuatro colosales estatuas de los reyes Sancho IV, Ervigio, Enrique II y Teodoredó. Así mismo, en 1843, se colocaba un gran pedestal de piedra berroqueña, para servir de base a la estatua ecuestre de Felipe IV, que se encontraba en la Casa de Campo; al no poderse colocar, ya que se instaló en la Plaza de Oriente, se pensó poner la de Felipe III, que se llevó a la Plaza Mayor; por ello, se acabó poniendo el grupo escultórico de Daoíz y Velarde, hecho en mármol de Carrara por Antonio Solá, hoy en la Plaza del Dos de Mayo; en este pedestal podemos ver hoy la escultura dedicada al Teatro, personificada en el dramaturgo Jacinto Benavente. Otros elementos verticales del Parterre eran los arbustos y árboles (cipreses, olmos de bola, pinos, un árbol del Paraíso, etc., hoy sustituidos por laureles). Afortunadamente, seguimos conservando el magnífico Taxodium, uno de los más bellos y antiguos ejemplares del Parque, existiendo otro semejante en el Parque de M.^a Luisa

de Sevilla, junto al monumento a Bécquer (fig. 14).

Además de los de tipo tradicional, en el Buen Retiro se realizaron jardines de mayor modernidad, al introducirse el estilo paisajista por medio de dos bellos proyectos de arquitecto mayor de Palacio Narciso Pascual y Colomer y otro del jardinero mayor de Palacio, Francisco Viet. Antes de describir los proyectos conviene detenernos para mencionar la importancia de estos dos personajes en la jardinería madrileña. Ambos fueron los que vieron la necesidad de crear una Escuela de Jardinería, donde se formasen los futuros jardineros, que regirían las zonas verdes del Real Patrimonio. En 1847, la reina aprobaba el Reglamento de la Escuela Normal de Jardineros Horticultores, instalada en el Campo del Moro y trasladada, más tarde, a la Casa de Campo (80).

Narciso Pascual y Colomer, arquitecto muy interesado por la jardinería, diseñando incluso las verjas y el jardín del palacio del marqués de Salamanca en el Paseo de Recoletos (81), realizó, en 1848, en la Huerta de San Jerónimo y en los terrenos inmediatos un jardín, en el que se mezclaban rígidos caminos arbolados con trazados de tipo inglés.

El mismo año, firmaba Francisco Viet, el diseño de un Jardín llamado Paisaje Español, que serviría de jardín modelo a los alumnos de la referida Es-

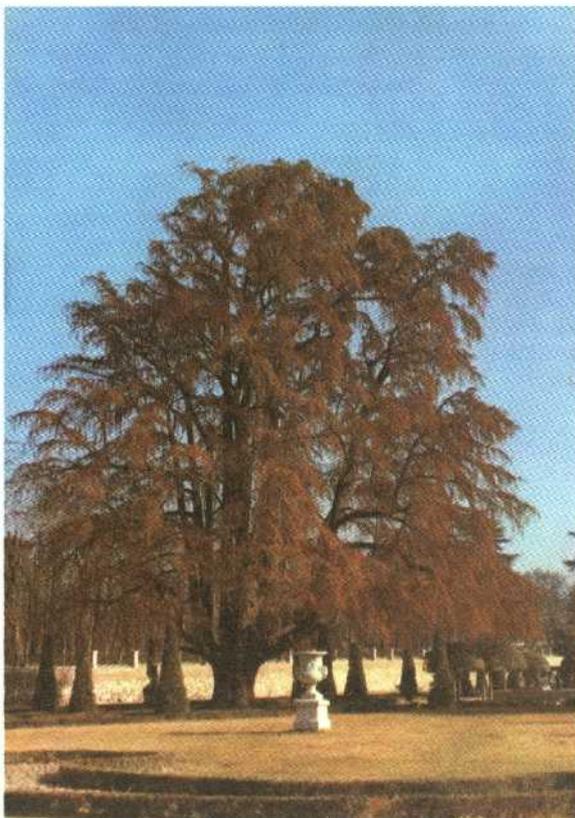


Fig. 14. *Gran Taxodium*, situado en el Parterre.

(76) Ramón Gómez de la Serna (1931): *Elucidario de Madrid*, 1.^a edic., Comp. Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, pp. 188-190.

(77) *Jardins de France (1760-1820) parcs d'illusion, terre d'experiences*. Catálogo de la Exposición celebrada en París del 18 de mayo al 11 de septiembre de 1977, París, p. 9.

(78) Archivo del Palacio Real. Plano núm. 519.

(79) Archivo del Palacio Real. Plano núm. 1.421.

(80) Archivo del Palacio Real. Caja 11.820, exp. 141.

(81) Pedro Navascués Palacio (1983): *Un palacio romántico*, 1.^a edic., El Viso, Madrid, pp. 52 y 75.

cuela, de la que era profesor, y en el que se resumirían el estilo francés, inglés e italiano (82), aunque con un claro predominio del paisajista, ya que abundaban los paseos curvos, que partían de tres puertas y que atravesaban extensas praderas de césped, mandadas hacer expresamente por la reina, al ver los buenos resultados obtenidos en el Campo del Moro. En el jardín, situado en el antiguo Jardín de la Primavera, comprendido entre la entrada de la Plaza de la Independencia y el Reservado, abundaban los árboles y arbustos, tales como cedros, catalpas, falsos ébanos, moreras blancas, acacias, castaños de Indias, manzanos, etc., traídos de diversos lugares, destacando París y Bruselas, a donde viajó el mismo Viet para comprar una serie de plantas. En 1851, se aprobaba el cerramiento que tendría este Jardín Paisaje Español, consistente en una albardilla de piedra sobre la que se colocaría una verja de hierro.

Aunque los jardines y paseos arbolados del Buen Retiro se surtían fundamentalmente de las plantas traídas de diversos puntos del extranjero, de otros Reales Sitios (Aranjuez, San Fernando de Henares, la Casa de Campo, etc.) y de los propios viveros municipales, no careció esta Posesión de su propia almaciga, la de San Jerónimo, que aunque intentó quitarse en 1848 y trasladarla a la Casa de Campo, siguió existiendo y contando con gran variedad de árboles y arbustos.

Además del vivero mencionado, el Buen Retiro

contaba también para el cultivo de plantas con diversas estufas, entre las que destacaban la llamada China y la Grande.

No sólo eran estas mejoras las que se pensaron para el lugar, ya que existieron interesantísimos proyectos, que quedaron sin realizarse. Entre ellos, son destacables un establecimiento modelo destinado a la curación de dementes, que se pensaba levantar, desde 1846, por la zona del Olivar de Ataocha, cementerio y Observatorio Astronómico, con un edificio principal, diseñado por Aníbal Alvarez (83).

Algunos años antes, Mesonero Romanos había propuesto dejar el lugar a manos de inteligentes empresarios para que lo convirtiesen "en una mansión de placer que no tuviera nada que envidiar á los parques más célebres ni al de Wauxall de Londres", en la que verían una serie de huertas de producción, jardines de aclimatación, bosques, paseo a pie y a caballo, un hipódromo, juegos de pelota, estanques, casas de vacas, teatros, dioramas, etc., así como habitaciones campestres, al igual que las villas de los Parques de Londres y de los jardines de Italia, para que viviesen en ellas familias durante el verano (84).

También se pensó construir un gran colegio, en armonía con la iglesia gótica de San Jerónimo, así como dos palacios, uno para el príncipe Alfonso tomando como base el Casón, y otro para la princesa, todos ellos rodeados de bellos jardines, pen-

De Distribucion de manzanas destinadas á la difusion en el Real Sitio del Buen Retiro
propuesta por el Ayuntamiento de Madrid y por la Administracion General de la Real Casa y Patrimonio en el Año de 1865.

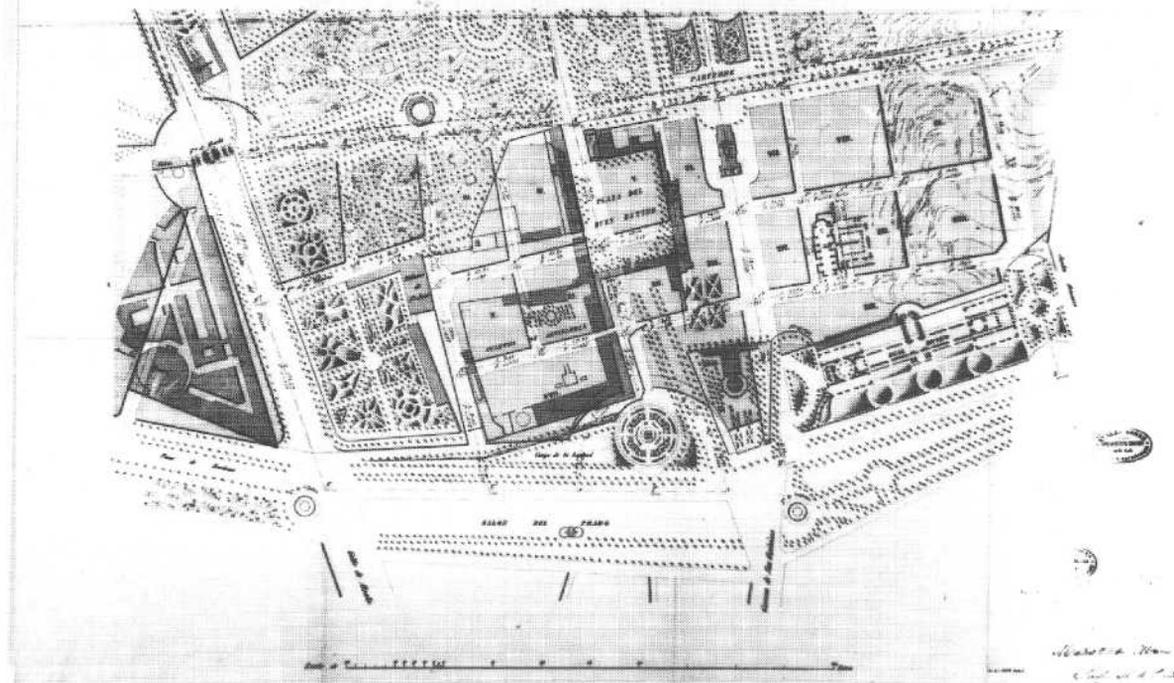


Fig. 15. Anteproyecto de la distribución de manzanas en el nuevo barrio del Retiro, levantado en los terrenos que Isabel II vendiera al Estado en 1865.

(82) Archivo del Palacio Real. Plano núm. 1.411. También en M.^a del Carmen Ariza Muñoz (Tercer trimestre de 1985): "La Casa de Campo y el Buen Retiro: jardines madrileños que fueron del Real Patrimonio", en: *Reales Sitios*, núm. 85, p. 72.

(83) Archivo del Palacio Real. Caja 10.690, exp. 36.

(84) Ramón de Mesonero Romanos (8 mayo 1836): "El Buen Retiro", en: *Semanario Pintoresco Español*, núm. 6, p. 52.

sándose poner en la entrada la puerta de Recoletos, que el Ayuntamiento había regalado al rey.

Como reflejo de la creciente popularización que iba teniendo el Retiro, tenemos el arrendamiento que hizo Isabel II del Estanque Grande, obteniendo con ellos unos ingresos que venían muy bien a las vacías arcas reales. El arrendatario, Carlos Sanz Múgica, quedaba obligado a abrir el Estanque al público, salvo los días que quisiera usarlo la familia regia, así como dar el 8 por 100 de lo recaudado al Patrimonio. El Estanque se convirtió en una concurrida zona de recreo para los madrileños, que paseaban en barca, presenciaban diversos espectáculos acústicos, ejercicios de funambulismo, etc.; quedando incluso sin llevarse a cabo propuestas curiosas, como la de realizar una gran fiesta naval, con batallas y representaciones históricas.

Si bien Isabel II mejoró diversas zonas de los Reales Sitios de la capital del Reino, sin embargo con esta reina la Corona perdió buena parte de estos lugares o vieron mermadas sus primitivas superficies. Esto sucedió en el Buen Retiro, del que la soberana vendió, en 1865, al Estado, casi una tercera parte. Nos referimos a la franja occidental, situada entre las actuales calles de Alfonso XII y el Paseo del Prado, que era la zona ocupada por el núcleo palaciego, del que solamente se conserva el Casón, el lado norte del Patio de Fiestas, hoy Museo del Ejército, así como la iglesia de San Jerónimo (fig. 15).

El Estado, a su vez, enajenó, con fines puramente lucrativos, esta zona a particulares, que comenzaron a levantar elegantes viviendas, hechas por arquitectos como José Segundo de Lema, Severiano Sainz de la Lastra, Francisco de Cubas, etc., formándose uno de los barrios más elegantes de Madrid (85), cuyo ante-proyecto, aprobado en 1865, distribuía la superficie en diecinueve manzanas.

Sin embargo, no faltaron opiniones en contra, como la de Fernández de los Ríos, calificando de

“disparatadas manzanas proyectadas en un barrio completamente absurdo” (86), ya que las construcciones impedirían el paso de los sanos aires del Retiro hacia la capital, deseando que se hubiera convertido en una zona de paseo, como lo eran en Londres el Hide Park y el Regent's Park. En este sentido, el arquitecto municipal, Agustín Felipe Peró, realizó un bello proyecto para enlazar el ya Parque de Madrid con el Paseo del Prado, por medio de jardines (87).

La única superficie verde que no desapareció al construirse el nuevo barrio fue cuadrado N.o. de la extensión enajenada, ocupada, años más tarde, por los denominados Jardines del Buen Retiro, o zona de recreo, en la que los madrileños, previo pago de una peseta, podían presenciar representaciones y conciertos al aire libre, además de otros espectáculos, pudiendo disfrutar también pistas de patinaje, pabellones de tiro, etc.; convirtiéndose en uno de los lugares más concurridos y famosos de la capital, hasta que desaparecieron en 1904, para construirse en su solar la nueva Casa de Correos.

Para terminar la etapa en que el Retiro fue posesión real, nos referimos a las semejanzas y diferencias que tenía con respecto a los demás Reales Sitios. Si bien en las otras posesiones que tenían los Reyes en la capital del Reino, la principal función era la recreativa, no se olvidó la productiva, ya que en ellas se cultivaban extensas zonas de cereales, frutales, huertas y viñedos. Completábase esta actividad agrícola, con la cría de ganado, vacuno, lanar y porcino, principalmente. Así, sucedía en la Casa de Campo, la Florida y Vista-Alegre. Sin embargo, en el Buen Retiro, aunque se dedicaban amplias zonas a huertas, olivares y frutales, no estaba tan marcada esta faceta agropecuaria, siendo más reseñable la recreativa.

Sí que fue destacada la función industrial, durante el reinado de Carlos III con la construcción de la Real Fábrica de Porcelana, que tras su desaparición, en 1812, parte de sus restos fueron trasladados a la Florida, donde continuó esta importante actividad.

(85) M.^a del Carmen Ariza Muñoz (1981): “Buen Retiro”, en: *Catálogo de la Exposición sobre Jardines Clásicos Madrileños*, celebrada en el Museo Municipal de Madrid, en 1981, Madrid, p. 50.

(86) Ángel Fernández de los Ríos (1876): *Guía de Madrid*, 1.^a edic., Abaco, Madrid, p. 160.

(87) Archivo de Villa, A.S.A. Leg. 9-166-2.

BIBLIOGRAFÍA

ALCALA GALIANO, A. (1890). *Recuerdos de un anciano*, 1.^a edic., Biblioteca Clásica, Madrid.

AMADOR DE LOS RÍOS, R. (1905). “Los Jardines del Buen Retiro. Notas para su historia”, en: *La España Moderna*, núm. 193, pp. 84-85, Madrid.

AZCARATE, J. M.^a (1966). “Anales de la construcción del Buen Retiro”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. I, pp. 99-135, CSIC, Madrid.

ARIZA MUÑOZ, M.^a C. (1981). “Buen Retiro”, en *Catálogo de la Exposición sobre Jardines Clásicos Madrileños*, pp. 33-53, Ayuntamiento de Madrid, Madrid. (1985): “La Casa de Campo y el Buen Retiro: jardines madrileños que fueron del Real Patrimonio”, en *Reales Sitios*, núm. 85, pp. 65-72, Patrimonio Nacional, Madrid.

BORDIU, J. (1957). *Cosas de Madrid. Apuntes para la historia del Buen Retiro*, 1.^a edic., V. Rico imp., s.l.

BOTTINEAU, Y. (1958). “Felipe V y el Buen Retiro”, en *Archivo Español de Arte*, núm. 121, CSIC, Madrid.

BROWN, J. y ELLIOT, J. H. (1981). *Un palacio para un rey*, 1.^a edic., Alianza, Madrid.

CATURLA, M.^a L. (1947). *Pinturas, frondas y fuentes del Buen Retiro*, 1.^a edic., Revista de Occidente, Madrid.

CEPEDA ADAN, J. (1966). “El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de S. Leonardo”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, T. I, pp. 219-230, CSIC, Madrid.

CRUZ Y BAHAMONDE, N. de la (1812). *Viage de España, Francia e Italia*, 1.^a edic., Imp. M. Bloch, Cádiz.

- CHUECA GOITIA, F. (1958): *Madrid y los Sitios Reales*, 1.ª edic., Seix Barral, Barcelona.
- DELEITO Y PIÑUELA, J. (1935): *El rey se divierte*, 1.ª edic., Espasa-Calpe, Madrid.
- FERNANDEZ DE LOS RIOS, A. (1876): *Guía de Madrid*, 1.ª edic., Abaco, Madrid. (1868): *El futuro Madrid*, 1.ª edic., Ayuntamiento de Madrid, Madrid.
- GAUTIER, T. (s.a.). *Un viaje por España*, 1.ª edic., Sempere editores, Valencia.
- GOMEZ DE LA SERNA, R. (1931). *Elucidario de Madrid*, 1.ª edic., Comp. Iberoamericana de Publicaciones, Madrid.
- LLAGUNO Y AMIROLA, E. (1977, edic. facsímil). *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde la Restauración*, Turner, Madrid.
- MACKENZIE, A. S. (1831). *A year in Spain by a young American*, London.
- MADOZ, P. (1847). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus provincias de Ultramar*, 1.ª edic., Imp. del Diccionario Geográfico, Madrid.
- MELIDA, J. (s.a.). *Biografía del Buen Retiro*, 1.ª edic., Libros y Revistas, Madrid.
- MESONERO ROMANOS, R. (1831). *El antiguo Madrid*, 1.ª edic., Abaco, Madrid. (1844): *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*, Viuda de Antonio Yenes, Madrid.
- MONREAL, J. (1880): "Las costumbres del siglo XVII. Las fiestas del Buen Retiro", en *La Ilustración Española y Americana*, núm. XXXVIII, pp. 223-226, Imp. Rivadeneyra, Madrid.
- MUSEO DE ARTILLERIA. *Catálogo de los objetos que contiene el Real Museo de Artillería* (1856): Imp. de Tejado, Madrid.
- NAVASCUES PALACIO, P. (1973): *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, 1.ª edic., Instituto de Estudios Madrileños, Madrid. (1975): "La Alameda de Osuna: una villa suburbana", en *Pro Arte*, núm. 2, pp. 7-26, Fundación General Mediterránea, Barcelona. (1978): *Palacios madrileños del siglo XVIII*, 1.ª edic., Ayuntamiento de Madrid, Madrid. (1983): *Un palacio romántico*, 1.ª edic., El Viso, Madrid.
- PEREZ VILLAMIL, M. (1904). *Artes e industrias del Buen Retiro*, 1.ª edic., Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.
- PONZ, A. (1947, edic. facsímil): *Viage de España*, Aguilar, Madrid.
- REPIDE, P. de (1971). *Las calles de Madrid*, 1.ª edic., Afrodisio Aguado, Madrid.
- SABANDO, J. M. de (1893). "El Buen Retiro", en *La Ilustración Española y Americana*, XXVII, pp. 43-46, Imp. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.
- SALVA, J. (1949). "La fragata del Buen Retiro", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, núm. 58, p. 247, Ayuntamiento de Madrid, Madrid.
- TAMAYO, V. (1927). "La influencia del famoso Farinelli", en *Blanco y Negro*, núm. 1.907, Imp. Blanco y Negro, Madrid.
- TOVAR MARTIN, V. (1975). *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*, 1.ª edic., Instituto de Estudios Madrileños, Madrid.
- VAREY, J. E. (1981). "Dos telones para el Coliseo del Buen Retiro", en *Villa de Madrid*, II, pp. 17-18, Ayuntamiento de Madrid, Madrid.